

DON DIEGO BARROS ARANA, RECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL 1863-1873.

por Carlos Orrego Barros

El señor Barros Arana es uno de los rectores más distinguidos que han dirigido al Instituto. Es de una laboriosidad infatigable y una sólida instrucción. Ha hecho del Instituto su hogar y de los alumnos del Instituto su familia. He ahí lo que reconocerán cuantos juzguen con imparcialidad su conducta y su obra.

Editorial de *El Ferrocarril*, de 19 de Junio de 1872, por don Justo Arteaga Alemparte.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN.— BARROS ARANA ES NOMBRADO RECTOR.— BUENA IMPRESIÓN QUE PRODUCE ESE NOMBRAMIENTO.— SUS CAUSAS.— ¿FUÉ EN REALIDAD UNA BUENA DESIGNACIÓN?— ESTIMAMOS QUE SÍ.— SUS CAUSAS: SU AUTO-EDUCACIÓN Y SU PODEROSA CAPACIDAD EDUCADORA.

TODO nuevo Presidente al asumir su alto cargo tiene lógica y necesariamente que introducir cambios, más o menos importantes, en la orientación política y en la administración del país, pero cuando con el nuevo Presidente asumen el gobierno partidos nuevos y hombres nuevos esos cambios son siempre de mayor trascendencia y abarcan generalmente a toda la administración pública.

Al transmitir don Manuel Montt la banda presidencial a su sucesor don José Joaquín Pérez se produjo uno de esos cambios trascendentales, pues tomó la dirección del país una nueva combinación política, dejó de gobernar el régimen *pelucón im-*

perante después de Lircay y fué reemplazado por la unión liberal conservadora — muy celosa del orden — pero que no sacrificaba a él, como los gobiernos anteriores, las libertades públicas sino que dejaba amplio y libre juego a las actividades ciudadanas.

Esta nueva orientación de la política interna del país se hizo sentir, desde el primer momento, con la promulgación de leyes de amnistía y, como siempre, con la reorganización de los grandes servicios administrativos y entre ellos, como era lógico, el de instrucción pública.

En la Universidad, a cargo de don Andrés Bello y de un grupo selecto de intelectuales, nada había que reformar, pero no pasaba lo mismo con la instrucción secundaria. El Instituto Nacional y su rector don Santiago Prado habían merecido severas críticas de los hombres de la oposición, ahora en la Moneda. En el bullado panfleto político *Cuadro Histórico de la Administración Montt*, aparecido el mismo día 18 de Septiembre de 1861 en que expiró el período de Montt, don José Victorino Lastarria se había ocupado extensamente de la instrucción secundaria del país y muy especialmente del Instituto Nacional y de su rector criticando a ambos duramente; además todos los hombres del nuevo régimen estimaban que, así como la administración anterior había sacrificado las libertades públicas en aras del orden, el Rector Prado había abandonado la instrucción por implantar una disciplina absurdamente rígida, de marcado aspecto monacal. Dados estos antecedentes era lógico que el nuevo gobierno se ocupase desde el primer momento en buscar un nuevo rector; pero la tarea no era fácil porque hombres preparados para el cargo no abundaban entonces en nuestra tierra.

Después de mucho cavilar el Presidente Pérez se fijó en Barros Arana que era su partidario entusiasta y que desde su regreso de Europa, influenciado por la política positivista, se preocupaba constantemente de cuestiones de instrucción en la Facultad de Humanidades y en la prensa. En Enero de 1863 le nombró rector suplente y en propiedad en Diciembre de ese mismo año.

Así, pues, Barros Arana a los treinta y tres años de la vida

tomó en sus manos la dirección y reforma del Instituto Nacional que, en aquellos años, equivalía a decir la dirección y reforma de la enseñanza secundaria del país, pues el Instituto Nacional tenía una importancia mucho mayor que la actual. Comprendía entonces, a más de los servicios que ahora tiene, el Internado que hoy es un colegio aparte, mayor que el Instituto mismo, que funciona en un edificio monumental más adecuado, con una dirección propia e independiente y lleva hasta otro nombre: «Internado Barros Arana.» Pero más que a la pérdida de su internado el Instituto Nacional debe la disminución de su influencia e importancia al enorme desarrollo alcanzado por la instrucción pública que ha llenado a la capital y al país entero de magníficos liceos, y al surgimiento de espléndidos colegios particulares que durante años han casi monopolizado la educación de la clase dirigente del país y que, en aquel entonces, apenas si existían con vida efímera y precaria. No porque él haya empequeñecido sino porque sus rivales han crecido es que su influencia ha minorado, sus resultados generales son seguramente mayores que antes pero no es el solo educador, hay muchos otros que entonces no existían y que en ocasiones le han sobrepasado.

Este nombramiento, sin duda, debió producir a Barros Arana una gran satisfacción, quizás una de las mayores de su vida, porque así como nunca ambicionó las grandes sinecuras, ni los altos cargos con fascinante poder, en cambio le encantaba enseñar, ilustrar a la juventud y servir así a su país. Además entonces no pudo imaginar siquiera que en ese momento se decidió la suerte de su vida ya que se separó de las apasionantes investigaciones históricas, en que habría conquistado todos los laureles y la consideración y estima de todos sus conciudadanos, y entró por una senda que está siempre llena de obstáculos y dificultades, en una actividad en que le sorprendieron luchas formidables cuyo recuerdo le persiguió la vida entera y aun persigue a su memoria como las viejas Eurnias, esas terribles hijas de la noche que según la leyenda homérica marchan siempre envueltas en las sombras. Es que no hay empresa más ardua y peligrosa que la de expandir la luz de la ciencia, que es la luz de la verdad. Son muchos los que han hallado espan-

table y trágico fin al penetrar valientemente en algún profundo y cavernoso antro llevando en sus manos una antorcha ardiente y luminosa, y fué el sino de Barros Arana el empuñar la antorcha de la ciencia durante su vida entera.

Su designación para rector del Instituto Nacional, exceptuando al partido de la administración que acababa de terminar, cayó muy bien en todos los círculos políticos y era natural que así fuese. Barros Arana pertenecía, como su mujer, a la más alta aristocracia de Santiago que en aquellos años, como la aristocracia de la antigua Roma, dirigía soberana y dignamente a la República. Era hijo de un viejo *pelucón*, de uno de los que más habían contribuido a sostener el régimen de orden instaurado después de Lircay, y que le había educado en la más estricta ortodoxia. Es verdad que Barros Arana ya no era un creyente, pero esto no podía ser muy conocido porque, aunque escribía mucho y en los escritos se nota siempre el modo de pensar y de sentir del autor, entonces en Chile, según don Andrés Bello, nadie leía, de modo que tenían que ser muy pocos los que habían notado el cambio de sus ideas, y éstos de seguro creían que era «cosa de la edad», que luego había de pasar porque en realidad son muchos los que a los treinta años están fuera de la Iglesia en que nacieron y a la que vuelven pronto en busca de una paz que no saben encontrar en otra parte. Además Barros Arana era uno de los más entusiastas partidarios del nuevo gobierno, lo mismo que los conservadores y junto con éstos había librado las batallas periodísticas de la oposición a la política del Presidente Montt.*

Era natural que esta designación, solicitada por los elementos más destacados del Partido Liberal** fuese muy bien recibida. Si insisto en este punto es porque a causa de que los conservadores, omnipotentes entonces en el gobierno no solamente no le combatieron sino que le nombraron (el Ministro Güemes era un gran conservador) y años después le hicieron

* «El diario *La Actualidad* era costado por Barros Arana y por los pelucones que enviaban el dinero por intermedio de su tío Pedro Barros.» *Barros Arana*, por Ricardo Donoso, pág. 40. nota 1.

** Sobre este particular ver *Recuerdos del Instituto Nacional*, por Domingo Amunátegui Solar, pág. 64.

salir violentamente de su cargo ha hecho que prospere, entre sus adversarios, la leyenda de que Barros Arana ocultó sus ideas filosóficas y llegó hasta a fingir una ortodoxia que ya no tenía. Nó, Barros Arana tuvo siempre un concepto muy alto de la verdad para repetir, aunque fuese para tomar las llaves del Instituto Nacional y de toda la instrucción secundaria del país, la conocida política de Sixto V.

¿Fue la designación de Barros Arana para rector del Instituto Nacional una resolución acertada del gobierno?

Estimamos que sí. Evidentemente que no contaba con la preparación científica necesaria para la magna obra que emprendió, pues su educación había sido, como la de todos sus contemporáneos de Santiago, muy deficiente y aunque se había propuesto mejorarla aun tenía su cultura muchos vacíos; pero de este mal se fue curando muy rápidamente gracias a su esfuerzo tesonero y a su maravillosa memoria que le permitía no olvidar jamás lo que había aprendido o leído alguna vez. Además era muy difícil que hubiera en el país otro chileno que tuviese una preparación mayor, porque todos habían recibido en las aulas de ese mismo establecimiento una ilustración deficiente en exceso y quizás ninguno había emprendido su autoeducación con tanta energía y tenacidad, ni tenía esa pasión por la ciencia, que es una de las características de su vida, esa pasión ardiente que es la que forma a los sabios de verdad.

Si sus conocimientos no estaban aun a la altura que necesitaba, tenía, en cambio, una gran fuerza innata que le permitió triunfar brillantemente en esta empresa: su prodigiosa capacidad educadora, capacidad mucho mayor de lo que imaginamos, verdaderamente extraordinaria, ya que es tarea muy difícil la de educar. Hay seres que llegan fácilmente a las cumbres de la cultura humana y que, sin embargo, son absolutamente incapaces de ayudar a los demás en la ascensión cultural, que pueden continuar subiendo siempre pero que no saben bajar jamás hasta el modesto nivel de los discípulos.

En verdad Barros Arana tenía la vocación del educador, toda su vida la pasó enseñando, tenía un gusto especial en instruirse y en instruir a los demás, tenía la pasión de todos los

conocimientos y una capacidad intelectual siempre activa e incansable. No fué un maestro que sólo enseñara desde la cátedra sino que lo hacía en todo momento y de preferencia a las gente que tenía a su alrededor. Los innúmeros conocimientos que, andando el tiempo llegó a poseer, no estaban en él como los pergaminos en las viejas bibliotecas abaciales: olvidados y cubiertos de polvo, sino con intensa vida, en plena actividad sirviendo a todos los que se le acercaban ya para buscarlos y utilizarlos ya con meros propósitos sociales.

No fué tanto por los cursos regulares que profesó durante más de cuarenta y cuatro años, ni por sus varios y magníficos textos de enseñanza que Barros Arana adquirió su grande influencia sobre el espíritu de sus conciudadanos; nó, la obtuvo por la constante difusión de sus vastos conocimientos, por su infatigable esfuerzo por despertar, especialmente entre la juventud, el interés por la cultura y la curiosidad científica, por su benevolencia absoluta para ayudar en sus investigaciones a todo el que recurría a sus conocimientos y a su experiencia. Este típico representante del siglo XIX creía, como todos sus grandes contemporáneos, en la fuerza invencible de la ciencia; estaba convencido de que su difusión a toda la sociedad tenía que producir todos los milagros que él tenazmente negaba a todos los Santos, a todas las Iglesias, a todos los Dioses. No creía en las trompetas de Jericó pero estaba seguro de que la ciencia derribaría un día los impugnables baluartes de la ignorancia y la maldad y produciría el verdadero Paraíso. De aquí su empeño en estimular el hábito de la lectura, en difundir los conocimientos humanos, en despertar el espíritu de investigación.

En mi juventud viví muchos veranos en su compañía, en su modesta casa de San Bernardo, y ví, en aquellos años, desfilar por allá a muchas gentes de valía: historiadores, hombres de ciencia, literatos, rectores de Universidades, profesores, investigadores, clérigos y hasta frailes que iban a pedirle algún dato de interés histórico o científico, a copiar algún documento curioso, a pedirle luz sobre alguna investigación difícil, y ví también a todos ellos salir felices con haber obtenido lo que deseaban y, lo que es más interesante, encantados con el hombre,

pues, a pesar de su exterior rudo, Barros Arana era un compañero admirable para todo intelectual. La pureza de su alma, su bondad infinita, la rectitud de sus principios, sus abundantes y variados conocimientos, su amor por difundir la ciencia, todo interesaba en él, hasta su ardor de fanático para defender a la razón. Unía a su espíritu refinado, a su ingenio alegre y ágil un corazón bondadoso que no permitía que saliese de sus labios ni la menor ofensa, era muy bromista, pero de bromas siempre inocentes que no podían herir a nadie. Hablaba con sencillez, con variedad, nunca como *magister*, pero siempre a mayor altura que su auditorio, lo suficiente nada más para despertar interés, para agradar, nunca para fatigar con pesada erudición; su voz era sonora, clara variada, más fuerte que melodiosa.

Su pasión educacional no se ejercitaba únicamente con las personas que hasta él llegaban a consultarle sino que, de preferencia, con los miembros de su familia, con los amigos que le frecuentaban y muy especialmente con los niños.

Algunas veces nos hacía recorrer el jardín de su casa mostrándonos las plantas y los árboles, explicándonos sus curiosidades, dándonos sus nombres técnicos. Uno de los recuerdos más antiguos que tengo de él es de una mañana en que me llevó a observar a una enredadera que creo se llama «cuarta por noche». Hizo que me fijase bien hasta adonde llegaba el extremo más alto y que comprobase, al día siguiente, cuanto había crecido durante la noche. Después desenroscó unas guías y las dejó oscilando en el aire y me ordenó que, a la mañana siguiente, fuese a verlas como estaban. Años después le ví hacer las mismas cosas con un niño más chico que yo; entonces, con la petulancia propia de la edad, me adelanté a lucir mis conocimientos y a explicarle al otro como estarían las cosas a la mañana siguiente. Barros Arana me dijo en el acto: «si sabes lo que va suceder, dime ¿cómo te lo explicas? ¿por qué la enredadera vuelve a enroscarse en la misma forma en que estaba? ¿será que tiene memoria y voluntad de volver a la posición anterior?» Por cierto que no estaba en situación de responder a semejantes preguntas y no pude decir nada. «Bueno, me agregó, no sólo hay que observar los fenómenos sino que hay también que tratar de explicárselos.» Acto continuo me hizo

observar los zarcillos de unas parras recién brotadas y me preguntó de nuevo como me explicaba que tendiesen a alcanzar al parrón; «¿es que la parra tiene inteligencia y sabe que allí cerca está el apoyo que necesita?»

Así por todos los medios y gradualmente iba tratando de interesar a los niños y de obligarlos a observar y a pensar. Tomaba pie para sus enseñanzas hasta de los asuntos más triviales. Una tarde recuerdo que entró a la casa de San Bernardo una pobre vieja demente haciendo y diciendo tonterías. En el acto, con la mayor bondad, la sacó a la calle y cerrando la puerta de la casa me dijo: «Qué diferencia entre esta pobre desgraciada y Aristóteles!, ¡qué inmensa gradación de inteligencias entre estos dos cerebros!, qué abismo y qué cumbre!» y la conversación siguió sobre la inteligencia humana y sobre los grandes hombres.

En el pobre salón de su casa de San Bernardo había un aparato que era la delicia de los niños, algo que era así como el precursor del cinema. Consistía en un cilindro de latón que giraba sobre un eje vertical. Al interior de este cilindro, en la parte baja poníamos una cinta de papel en que estaban impresas en colores figuras de payasos dándose de golpes y caballos saltando vallas. Luego hacíamos girar el cilindro y mirábamos al interior por unas ranuras que tenía en su parte superior. Grande era nuestra admiración al ver que los payasos se movían como si tuviesen vida y que los caballos saltaban como los hacíamos saltar en el vecino fundo de Chena. La impresión era muy análoga a la que ahora experimentamos cuando, en algún cinema, pasan cintas con figuras animadas y coloreadas. Después que nos habíamos divertido bastante nos trataba de explicar el por qué veíamos moverse a las figuras diciéndonos que era el efecto de la persistencia de las impresiones luminosas en la retina del ojo. Luego encendía un fósforo y apagaba la llama de modo que quedase la punta de color rojo y describía con él un círculo en el aire que todos veíamos rojo, y nos recordaba que, aunque la lluvia se produce en gotas, siempre se la ve en forma de rayas.

Había también en ese salón un kaleidoscopio con hermosas

fotografías de las grandes Universidades de la Europa y de sitios históricos. De cada una de estas vistas nos daba una explicación completa y a fuerza de repetírnoslas teníamos que aprenderlas. También nos explicaba los grabados que adornaban los muros del salón. Recuerdo perfectamente un grabado en madera, muy bueno, en que aparecía Molière sentado a la mesa con Luis XIV en medio del estupor de los cortesanos que asomaban por los extremos del cuadro. «Es que Luis XIV, nos decía, honraba al talento dondequiera que se hallase, aunque fuera en un pobre cómico. Isabel de Inglaterra, agregaba, también se complacía en honrar y proteger a los hombres de genio», y nos mostraba otro grabado en que aparecía sentada en su trono oyendo a Shakespeare recitar un trozo de Macbeth, pero inmediatamente agregaba «aquí hay un error del artista porque Macbeth fué escrito después de muerta Isabel».

Otras veces nos mostraba el cielo con un magnífico telescopio. Para esto Barros Arana tenía paciencia de santo, porque como soy muy aficionado a la astronomía, constantemente le estaba pidiendo que me mostrase algo: ya la luna y sus volcanes apagados, algún planeta, las fases de Venus, los satélites de Júpiter, los anillos de Saturno, estrellas dobles, múltiples estrellas de colores. En el acto lo hacía con el mayor agrado pero me obligaba a usar las cartas celestes, a orientarme en nuestro cielo. Y todo esto con amenidad, con recuerdos oportunos de grandes astrónomos, de sabios eminentes, con anécdotas curiosas.

Como he dicho, siempre ponía la conversación a la altura del auditorio. De niño le oí muchas veces las pruebas de inteligencia y de memoria de los elefantes, de fidelidad de los perros, de la habilidad de los caballos y de las focas, después las curiosidades de los castores, de los kangourus, de los ornithoryncos y de otros animales exóticos, o las historias de los grandes navegantes de todas las edades. Siempre del modo más natural sin que se notase su deseo de instruirnos, como si no tuviese otra intención que la de entretenernos.

Cuando éramos estudiantes universitarios nos hablaba de cosas más hondas. Recuerdo haberle oído relatar los estudios

de don Claudio Gay sobre los *liguanos* y su comprobación de la vuelta inevitable al tipo específico — ya del cabro o de la oveja — después de cuatro o cinco generaciones de la variedad híbrida, y cómo este hecho, que comprueba la invariabilidad de la especie, servía de gran argumento, de argumento de gran peso a los *monogenistas* en contra de los *polygenistas*, y como era también un obstáculo muy serio para la teoría de Darwin sobre el origen de las especies. Otras veces nos disertaba sobre la polarización de la luz, repitiéndonos las experiencias de Newton, y nos explicaba los frutos que ese descubrimiento y el del esteroscopio han dado para el adelanto de las ciencias, o nos ilustraba sobre la importancia que tienen las observaciones del paso de Venus por el Sol para calcular la distancia de la Tierra al Sol y las dimensiones, la masa y la densidad de éste. Esas observaciones, que podrían parecer un tanto pesadas, él nos las hacía encantadoras con anécdotas originales y las más de las veces picantes para la gente poco leída, para la incultura general. Si alguien o algún diario decía que en el día anterior había soplado un *huracán* nos amonestaba para que no incurriéramos en ese error grosero y nos enseñaba que el huracán era un viento circular de las regiones tropicales, especialmente de las Antillas; nos relataba los efectos desastrosos de algunos de ellos, pero especialmente nos recalca el cómo se había descubierto su carácter giratorio y cómo ahora se podían aminorar, para la navegación, sus terribles efectos. Con este motivo nos insistía en la necesidad de observar bien todos los fenómenos con constancia sin generalizaciones precipitadas; nos hacía notar y meditar sobre el hecho de que sabios como Arquímedes en Syracuse y Humboldt en el Callao habían hecho descubrimientos tan importantes como el llamado «principio de Arquímedes» y la corriente polar que refresca nuestra costa al ejecutar el hecho banal, que todos hemos ejecutado muchas veces, de bañarse en el mar; o que Newton había concebido la ley de la gravitación universal porque le había caído encima una manzana... ..

Cuando había gente más aficionada a las letras que a la ciencia hablaba sobre los grandes libros, sobre las grandes novelas, los poemas inmortales o nos explicaba en qué consistía

la famosa querrela entre «Antiguos y Modernos» que sólo era posible en el campo de las letras y del arte, pero no en el de la ciencia y concluía sosteniendo que quizás los antiguos no habían sido superados, pero que no era aceptable sostener que no habían sido igualados, y citaba a Dante y a Shakespeare como dignos émulos de los antiguos.

Pero el tema más constante, cuando estaba con alumnos universitarios, era la necesidad de observar bien por nosotros mismos y con toda libertad, sin dejarnos influenciar por opiniones aunque corrientes y acreditadas. Nos decía que siempre un pequeño prejuicio va unido el respeto legítimo que se debe a los grandes maestros, pero que no hay que exagerarlo ni caer jamás en el *ipsodixismo* porque los grandes sabios—hombres al fin—caen también en errores y como prueba recordaba siempre el conocido dicho de Lavoissier: «no hay piedras caídas del cielo porque en el cielo no hay piedras.»

Esto que hizo conmigo y con los otros sobrinos de mi generación, mi madre dice que lo hizo también con ella y con sus hermanos, pero de un modo más sistemático, cuando la muerte de su padre los obligó a guarecerse en la casa de su tío Diego; dice también que así fué hasta el último instante de su vida, pues, pocas horas antes de morir —estando ella junto al lecho en compañía de su primo Adriano Borgoño — éste confundió (quizás fué un simple error de palabras) el barómetro con el termómetro, y que en el acto Barros Arana lo rectificó y le explicó con detalles en qué consistía cada aparato. Esta conversación tuvo lugar a las diez de la noche; pocas horas después, al amanecer del día siguiente Barros Arana había muerto. Con razón mi madre ha consignado en sus memorias que Barros Arana «vivió y murió enseñando».

CAPÍTULO II

PRIMEROS TRABAJOS COMO RECTOR (AÑO 1863). — DA IMPORTANCIA PREFERENTE AL MÉTODO. — PROFESORES ENCICLOPÉDICOS Y PROFESORES ESPECIALIZADOS. — MEJORA ALGUNOS TEXTOS. — HACE TRABAJAR A LOS ALUMNOS. — SALA DE TRABAJOS. — MEDIDAS EN CONTRA DE LOS ALUMNOS PEREZOSOS. — AÑO 1864. — REFORMAS EN EL CURSO DE MATEMÁTICAS. — VARIACIONES EN LAS LECTURAS LATINAS. — DA IMPORTANCIA A LAS LENGUAS VIVAS. — PROGRAMAS Y TEXTOS PARA NUEVOS CURSOS. — TEXTO DE HISTORIA NATURAL (PHILIPPI). — GEOGRAFÍA FÍSICA. — HISTORIA DE AMÉRICA. — AUMENTO EN LA SEVERIDAD DE LOS EXÁMENES. — AÑO 1865 Y SIGUIENTES. — LAS PREPARATORIAS. — MAYOR IMPORTANCIA A LA FILOSOFÍA Y AL LATÍN. — NUEVOS TEXTOS DE BARROS ARANA. — HISTORIA LITERARIA Y MANUAL DE COMPOSICIÓN LITERARIA. — GRANDE ATENCIÓN A LOS ESTUDIOS CIENTÍFICOS. — EL GOBIERNO APOYA ESA ORIENTACIÓN DE LA ENSEÑANZA. — LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO. — LA DISCIPLINA. — ELOGIOS DEL GOBIERNO A SU OBRA. — ACCIÓN DE BARROS ARANA SOBRE LOS PROFESORES. — SOBRE LOS ALUMNOS. — CAMBIO DE FRENTE DEL GOBIERNO. — SUS CAUSAS. — LAS REFORMAS INDISPENSABLES. — LAS CONVENIENTES. — EL ERROR DE BARROS ARANA Y LA EXPLICACIÓN DE ESE ERROR. — SU CAÍDA INEVITABLE. — LA RETARDA LA GRAVE SITUACIÓN INTERNACIONAL. — EL NUEVO GOBIERNO. — EL MINISTRO CIFUENTES.

ESTA extraordinaria capacidad educadora siempre activa y su infatigable tezhón para el trabajo fueron sus grandes fuerzas en la difícil tarea de dirigir y reformar la enseñanza secun-

daria que echó sobre sus espaldas al aceptar la rectoría del Instituto Nacional.

Apenas nombrado como rector suplente se dedicó con inusitada actividad a mejorar los estudios, la disciplina y el régimen económico del establecimiento a su cargo.

Desde el primer momento vió las deficiencias del plan de estudios, pero antes de proceder a su reforma estimó, con razón, que ésta debía consistir «no tanto en el número y orden de los ramos de enseñanza, cuanto en la perfección del método empleado. Confiar a la memoria de los niños nociones que luego se borran es un trabajo tan penoso como estéril, es necesario desarrollar su razón enseñándolos a pensar». Sostuvo, pues, desde un principio que en la educación lo más importante es el proceso para adquirirla, que sólo después viene la materia que se va a enseñar; antepuso la disciplina de la mente a la calidad de los programas. Y a este hombre, como luego veremos, lo han motejado de cientista, de recargar absurdamente los programas, de no saber preparar hombres para la vida sino de formar únicamente «ratas de bibliotecas» con educación libresca!

Con el objeto de mejorar el método de estudios cambió el profesor único por maestros especializados. Hasta entonces «un profesor tomaba los alumnos en la segunda clase de humanidades y los acompañaba hasta la quinta. En este período de cuatro años, un mismo profesor estaba obligado a enseñar el latín, la gramática castellana, los ramos de matemáticas elementales, la geografía, la cosmografía y toda la historia». De aquí la pregunta que todos oímos en la niñez que nos dirigían invariablemente todos los caballeros de edad y que no acertábamos a explicarnos: «¿Quién es tu profesor?»

Este nuevo sistema que había visto funcionar en Francia y que había propiciado desde su llegada a Chile en las columnas *El Correo del Domingo* lo puso en vigencia al abrirse las clases el día dos de Marzo, es decir, a los cuarenta días de haber sido nombrado rector suplente. Desde esa fecha «ningún profesor enseñaba más de dos materias y nunca tan desligadas entre sí como el idioma latino y las matemáticas». Tan trascendental reforma la efectuó Barros Arana sin incurrir en mayores gas-

tos, mediante una inteligente combinación «del tiempo de clases, los ramos de enseñanza de cada curso y el número de profesores». «Esta distribución, agrega en la Memoria del 13 de Mayo de 1863 de la cual tomamos estos datos, no ofrece más dificultad que un pequeño aumento de trabajo para el rector, puesto que sobre cada curso tiene que recoger las noticias que le suministren no un solo profesor sino tres o cuatro.» «Pero, agrega, este inconveniente es demasiado ligero en comparación con las inmensas ventajas que deben esperarse del nuevo sistema.»

Creo que nadie dudará ahora de que esta reforma era indispensable y, aunque no opinaron así sus contemporáneos, creo que no vale la pena, tan obvio es el asunto, que nos detengamos a comentar los inconvenientes del régimen antiguo ni las ventajas del nuevo, ni a enaltecer la superioridad del profesor especializado sobre el maestro enciclopédico.

Se preocupó también, desde los primeros días de su rectorado, de cambiar los textos de enseñanza. El usado para el estudio de las matemáticas elementales era muy malo: «sus definiciones y sus reglas adolecían de alguna *inexactitud*, sus demostraciones no eran completamente *rigurosas* y la elección de las aplicaciones no era del todo *acertada*.» Es fácil comprender que Barros Arana no podía tolerar semejante texto y que obligó a su autor a hacer una nueva edición en que se repararon los errores.

Los textos para la enseñanza de la Historia adolecían aun de mayores deficiencias. Eran «libros extensos, recargados de hechos, nombres y fechas escritos todos ellos con poco método y con menos claridad. Para remediar este mal consiguió con el Consejo de la Universidad que aprobase, como texto oficial, el curso de historia de Victor Duruy y ordenó su traducción del francés que él, con dos profesores del Instituto, se encargó de revisar y corregir. El mismo Consejo había aprobado ya otros libros de enseñanza: el de Fundamentos de la Fé del Presbítero don José Manuel Orrego — más tarde Obispo de La Serena — y dos del eminente humanista don Justo Florián Lobeck sobre Prosodia y Métrica Latinas y un segundo

Curso de Latín, que comenzaron a usarse ese año por primera vez.

El estudio de las matemáticas, en el curso respectivo, recibió también importantes innovaciones que obligaron a variar los textos, pues, a instancias del nuevo rector, el Consejo de la Universidad cambió por completo el plan de esos estudios para dar así «a la geometría analítica de dos dimensiones el desarrollo conveniente».

No se limitó Barros Arana en estos primeros días a esos cambios trascendentales sino que también abordó de lleno el arduo problema de hacer trabajar más a los alumnos. Para eso se dedicó a frecuentar constantemente todos los cursos del establecimiento esforzándose por conocer a cada alumno — eran cerca de mil — y hablarles de libros interesantes para su edad y sus capacidades, fomentándoles el amor a la lectura. Con ese mismo objeto modernizó la Biblioteca del Instituto que en ese primer año llegó, gracias a sus esfuerzos, a más de cuatro mil volúmenes.

Para estimular el celo de los alumnos estudiosos, para impresionar a las mentes juveniles y fomentar justas emulaciones fijó la repartición de los premios del año anterior al iniciarse los estudios en el nuevo año; abrió diversos Certámenes Literarios y creó una Academia Literaria que dirigían, por turno, algunos profesores del establecimiento.

Para aguijonear a los perezosos creó «una sala de trabajos a la que debían acudir, en las horas de recreo y en los días de salida, a estudiar y copiar una lección, aquellos alumnos que no habían cumplido con sus clases». Este es el origen de la famosa «sala de castigos» que años después, con tanta razón, temíamos como los reos a la cárcel.

Siempre con el mismo propósito de hacer más eficiente la instrucción se negó a promover al curso superior a ningún alumno que no hubiese rendido examen satisfactorio y a aceptar de nuevo en el establecimiento a «aquellos jóvenes que después de haber permanecido dos años en unas mismas clases no hubieran rendido ningún examen». Esas dos disposiciones que nadie vacilará en considerar indispensables, sin embargo, crearon al nuevo rector muchas molestias y fama de hombre atrabiliario.

No menos resistida por los padres de familia y el público en general fué el pedido que hizo al Gobierno para que reformase la disposición por la cual para incorporarse al establecimiento sólo era necesario «saber leer y escribir» y que se exigiese o un certificado de tener «nociones elementales de gramática castellana, historia de Chile, geografía, aritmética y catecismo de religión; materias que se enseñan en las escuelas primarias» o que el interesado se sometiese a un ligero examen sobre ellas. Estas medidas elementales fueron resistidas por el público, y hasta por algunos contemporáneos se llegó a decir que con ellas el nuevo rector trataba de impedir los estudios.

Durante estos primeros meses de su rectorado elaboró el «Reglamento para el Instituto Nacional» que el Supremo Gobierno puso en vigencia por decreto de 5 de Octubre, que rigió por muchos años y en el que entre otras cosas se concluyó con la corruptela, entonces generalizada, de que los profesores dieran *pasos* a los alumnos mediante una suma alzada. En este Reglamento estableció Barros Arana que «ningún profesor podía recibir de sus alumnos emolumentos ni pensiones, ya sea por clases particulares o por cualquiera otra causa».

Como si toda esta inmensa labor aun fuese poca se preocupó también de introducir reformas en el régimen económico del establecimiento que en aquel entonces pasaba por severos apuros financieros.

Como se ve, este primer año de rectorado fué de una labor fecunda, pero no lo fueron menos los que vinieron después. Al año siguiente (1864), en vista de los magníficos resultados obtenidos con el cambio y mejoramiento de los textos de estudio, prosiguió en la misma tarea. Influenciado por las ideas de Comte, quien sostiene que toda educación científica que no comienza por el estudio de las matemáticas peca necesariamente por su base, inicia reformas para el curso de matemáticas sustituyendo la traducción de la obra de Francoeur — ya muy anticuada, escasa y cara — por textos elaborados por profesores del establecimiento más claros y completos y a precios aceptables.

Varió también los libros de lecturas latinas e introdujo en

los nuevos los Comentarios de César y trozos de algunas de las obras de Cicerón que, a más de servir de aprendizaje de la gramática latina «ensanchan la razón de los jóvenes comunicándoles nociones de filosofía, literatura e historia». Da también un impulso vigoroso al estudio de las lenguas vivas para lo cual encarga a París textos elementales para la enseñanza de francés, inglés, alemán e italiano.

Pero la principal preocupación de ese año fué la confección, en compañía de los profesores de la sección universitaria, de los programas para los nuevos cursos elementales de química, historia natural y geografía física, cuyo estudio introdujo al año siguiente, y en la preparación de los respectivos textos de estudio.

El texto de Historia Natural lo encomendó al profesor de la nueva cátedra: don Rodolfo Amando Philippi quien, a pesar de haber cumplido admirablemente con su cometido, a pesar de haber escrito un texto muy recomendable levantó una protesta muy airada entre las familias que educaban a sus hijos en el Instituto Nacional. Se llegó a decir entonces por los exaltados, que nunca hojearon siquiera la obra, que en ella se enseñaba que el hombre descendía directamente del mono y otras inexactitudes de la misma índole, y por las personas más tranquilas que el herético alemán se complacía en demostrar la bestialidad del hombre, en probar la estrecha relación de éste con todos los animales olvidando voluntariamente que fué creado a imagen y semejanza de Dios. Todas estas gentes timoratas que condenaron al texto, a su autor y al rector que había establecido la cátedra olvidaron el sabio pensamiento de Pascal: «Es extremadamente peligroso hacer ver al hombre que es igual a las bestias, sin darle a conocer su grandeza; es también peligroso el hacerle ver demasiado su grandeza sin hacerle notar su miseria; es aun más peligroso el dejarlo ignorar ambas cosas, y es muy conveniente el hacerle notar la una y la otra.»

Los *Elementos de Geografía Física* los escribió el propio Barros Arana. No encontrando ningún libro en inglés o en francés que traducir, dice en la Advertencia, por ser algunos

demasiado científicos, otros deficientes en noticias de América o con errores numerosos y notables y desprovistos del método indispensable para hacer más fácil su estudio, se convenció de que era necesario escribir un tratado con un plan diferente y nuevo. Después de «estudios detenidos y prolijos, agrega, de consultar a muchos autores, de todos ellos he tomado algo, a veces mucho». Como es lógico suponerlo no debe buscarse en un texto de estudio para alumnos de humanidades, como el mismo autor lo dice, «nada de original, sino un resumen tan compendioso y tan claro y sencillo como me ha sido posible hacerlo, de lo escrito en nuestro tiempo acerca de geografía en general y de los más notables fenómenos de la física terrestre.» A pesar de esas palabras precisas y sinceras de la Advertencia los enemigos del rector y de la nueva orientación de la enseñanza repetían con tenacidad que en esa obra no había nada de nuevo, nada que ya no hubiese aparecido en otra, lo que no es exacto porque en los textos europeos los ejemplos son, naturalmente, de sitios o hechos europeos y en la obra de Barros Arana lo son de Chile o de América. Si la materia no es nueva — y no podía serlo — su exposición, sí. Los *Elementos de Geografía Física* son un texto de enseñanza secundaria de primer orden, es una obra que hace honor a su autor y que, adicionada con las novedades posteriores a su última edición, podría servir hoy en día de magnífico texto de consulta, gracias a la excelencia del plan y del método empleado.

«El estudio de la Historia Americana, dijo en aquellos días el nuevo rector, no ha adquirido en nuestros colegios la importancia que parece merecer. Al paso que se ha dado gran desarrollo a la enseñanza de los otros ramos de la Historia, la de América ha quedado reducida a nociones muy elementales.» Con el objeto de remediar a este mal creó en el Instituto la cátedra de Historia de América, que él mismo sirvió gratuitamente durante cuatro años, y escribió el texto de estudio. El propio Barros Arana se ha encargado de decirnos en el prólogo que la confección de ese texto fué un trabajo muy arduo. Tuvo que contraerse «a un estudio prolijo de los sucesos que había que referir, consultar los mejores historiadores y particularmente los

primitivos, examinar los documentos y aceptar únicamente lo que parecía verdad probada, y todo esto en muy breve tiempo y en medio de variados afanes». Esta obra es la primera del continente americano que contiene «una historia general y uniforme de todos los pueblos americanos»; es muy buena y muy bien hecha, puesto que instruye con método y con agrado, y posee, como todo lo del autor una gran claridad y una bien hallada brevedad. Se nota que Barros Arana ha pretendido ante todo interesar al alumno, despertarle el deseo de saber más sobre los grandes hechos y los grandes héroes americanos.

Esta obra no solamente ha servido de texto de enseñanza en Chile sino también en otros países de América; la edición de Buenos Aires la revisó y puso al día, poco antes de morir, muy complacido de contribuir con ello a la cultura histórica de las nuevas generaciones de la patria de su madre.

Convencido cada vez más de que la eficacia de toda instrucción radica principalmente en la seriedad con que se hacen los estudios, aumenta en este año la estrictez de los exámenes. No se crea por eso que las pruebas se hicieron sobrehumanas, al contrario, hoy nos parecerían excesivamente benévolas, pero no las estimaron así ni los alumnos, ni sus padres y, luego veremos, que esta medida, indispensable para el prestigio de todo buen establecimiento educacional, perjudicó a Barros Arana, pues pocos años después la esgrimió el propio Gobierno como una arma formidable en favor de la libertad de exámenes, en contra del llamado monopolio de instrucción del Instituto Nacional.

En los años siguientes su labor no es menos intensa. Crea un curso preparatorio — primero de un año y después de dos— para establecer así — dentro del Instituto Nacional — una especie de Escuela Primaria que habilite a los alumnos para seguir los cursos de humanidades sin los graves inconvenientes que hasta entonces se habían dejado sentir; este es el origen de las Preparatorias de los Liceos de Chile, cursos que ahora se desarrollan en seis años porque, en realidad se ha establecido, en cada Liceo, una Escuela Primaria Superior anexa.

Estimando que a la filosofía no se le da toda la importancia que merece aumenta a dos años su estudio para que así los alumnos puedan profundizar la teodicea y la moral y conozcan la historia de la filosofía. Crea también un segundo año de literatura, destinado a continuar los estudios gramaticales de un modo práctico, obligando a los alumnos a efectuar ejercicios de composición, porque considera que el solo método de crear escritores es obligándolos a escribir, no enseñándoles la historia de la literatura como se había hecho hasta entonces. Reforma también los estudios de latín y consigue, con el eminente profesor del ramo don Justo Florian Lobeck, la composición de una gramática latina más elemental que la de don Francisco Bello que deja exclusivamente para el segundo año de latinidad.

Como de costumbre se ocupa en estos años de los textos de enseñanza y escribe otros: *Nociones de Historia Literaria* y *Manual de Composición Literaria*. El primero es un texto de estudio muy bueno, revelador de un grande esfuerzo, y en el que campea una serenidad de juicio que hace un grande honor a su buen gusto literario. «No me lisonjeo con la esperanza de hacer una obra notable, decía ese año en carta a su amigo don Bartolomé Mitre, pero será un compendio claro, lleno de hechos y útil para los colegios americanos.» Y en otra le agregaba: «No he tenido el propósito de hacer un trabajo crítico, ni de alta erudición y antes por el contrario, he evitado citas, no discutiendo sino aquello que era imposible dejar de discutir.» *

Su segundo libro de este año: *Manual de Composición Literaria*, estaba destinado a completar al anterior y a facilitar al alumno el hábito de escribir, a veces también se le ha usado, con grande éxito, como libro de lectura en los últimos años de humanidades.

En ambos textos, como es natural, no hay nada de nuevo; pero tienen un magnífico método gracias al cual han sobrevi-

dem págs. 72 y 73.

* Cartas a Mitre, citadas por Donoso. Ibi-

vido a su autor, y una gran sencillez en la narración que los hace muy adecuados para la enseñanza. Sin embargo, la falta de *novedades* fué esgrimida por los adversarios del nuevo régimen de educación en contra de ambas obras y de su autor, exactamente como lo habían hecho ya con la *Geografía Física*, al mismo tiempo que declaraban enfáticamente que eran obras de segunda mano. No es efectivo que así sean, pero aun en el supuesto de que no tuviesen más mérito que el de simple divulgación de conocimientos humanos por eso sólo merecería su autor nuestro reconocimiento, ya que con esos textos contribuyó y sigue contribuyendo al incremento de la cultura general. Prometeo no inventó el fuego, pero figura entre los dioses por haberlo dado a conocer a los hombres.

Justo sería señalar también entre los méritos de Barros Arana durante su rectorado las numerosas obras didácticas que hizo escribir o traducir a profesores del establecimiento, no solamente porque es un gran mérito el despertar capacidades dormidas y estimularlas a la acción, sino porque Barros Arana generosamente los ayudaba suministrándoles ideas, proporcionándoles datos y hasta, en ocasiones, leyendo y corrigiendo los manuscritos; pero bastan los textos que él escribió para colocarlo a la cabeza de todos los rectores del Instituto Nacional y en la primera línea de nuestros grandes educadores.

A pesar de todo esto, la gran labor de Barros Arana durante su rectorado fué, sin duda alguna, la preferente y constante atención a los estudios científicos y a los métodos de enseñanza, que consiguió ajustarlos a los últimos conceptos pedagógicos imperantes entonces en Europa. Con este fin aumenta considerablemente el gabinete de física, desarrolla el laboratorio de química, encarga a París un microscopio y cuadros murales para la enseñanza de la historia natural; y, para hacer más interesantes los estudios de cosmografía hace venir de Europa numerosos instrumentos que simulan la rotación de los astros, cartas y esferas celestes, mapas de la Luna y hasta un telescopio. Muchos de estos aparatos para la enseñanza

de las ciencias son obsequiados por Barros Arana quien, conviene recordarlo, ya no era rico.

La enseñanza de la ciencia es, como queda dicho, su preocupación dominante, es la que exterioriza en todas las memorias que envía anualmente al Ministerio de Instrucción Pública. Así en la de 1867 dice:

«La enseñanza de ciencias exactas y naturales que forman parte del plan de estudios de instrucción secundaria, se hace cada día de un modo más serio y provechoso. Sin dejar de ser elemental, como conviene en la enseñanza puramente preparatoria, ha adquirido, sin embargo, un importante desarrollo mediante el mejoramiento de los métodos y una elección más cuidada de las nociones que han de suministrarse a los alumnos. En estos estudios no importa tanto abarcar gran variedad de materias, como elegir los principios fundamentales de las ciencias y enseñarlos con toda seriedad, para acostumbrar a los jóvenes a no contentarse con palabras en vez de darse cuenta cabal de las teorías y de los fenómenos sometidos a su estudio. Los elementos de matemáticas, física, química, cosmografía e historia natural, comprendidos de una manera conveniente, al paso que proporcionan el conocimiento de los fenómenos más importantes de la naturaleza y de las operaciones más curiosas de las artes y de la industria, conocimientos que todo hombre debe poseer y conservar, dan a las ideas un curso claro y rigurosamente lógico que tiende a desarrollar las inteligencias más vigorosas y a robustecer y a encaminar a las más débiles. Estos estudios, hechos con seriedad, se dirigen además a hacer desaparecer el aprendizaje de memoria y a ejercitar a los jóvenes en la observación y en el conocimiento práctico de los métodos experimentales. Bastaría esta sola ventaja para sostener la dirección que desde hace algunos años a esta parte se ha dado a la enseñanza elemental de las ciencias naturales en los cursos de instrucción secundaria.»

En la Memoria del año siguiente (1868) vuelve sobre esta misma materia y agrega:

«Se ha cuidado de dar su verdadera importancia y su conveniente desarrollo a los ramos de las ciencias elementales que,

como la química, la física, la cosmografía y la historia natural, tienen por objeto no sólo presentar a los niños una explicación racional de los fenómenos que nos rodean, sino enseñarles los métodos más seguros de observación y el medio de fortalecer su inteligencia.

»El resultado general de los estudios del año anterior me ha confirmado nuevamente en la convicción de que la enseñanza elemental *pero seria* de las ciencias que se cursan en humanidades tiene una influencia decisiva en la dirección que se da a la inteligencia de los educandos. Por esto se ha puesto todo el interés posible por ensanchar y dar mayor solidez a los estudios científicos.»

El Gobierno participa de este modo de pensar tanto que el Ministro don Joaquín Blest Gana lo reconoce de un modo explícito estampando, en su Memoria al Congreso Nacional, que la feliz aplicación que ha tenido el nuevo plan de estudios del Instituto Nacional «ha desvanecido las falsas ideas que sobre él se abrigaban. Creyóse, al principio, que el estudio de las ciencias naturales recargaría a los alumnos con notable perjuicio en el aprendizaje de otros ramos, y que sería un motivo para retraer a muchos de la prosecución de los cursos. La experiencia ha venido a manifestar lo contrario.»

Movido siempre Barros Arana por su constante anhelo de difundir la cultura, a pesar de tanta labor, encuentra tiempo para aumentar la eficiencia de la biblioteca del establecimiento, ya encargando libros, por cuenta del Estado, a los grandes libreros de Europa, ya regalando algunos de su propia biblioteca o estimulando la generosidad de sus amigos, y más que todo, consiguiendo, con su acción constante y tesonera, que esos libros no permanezcan en los estantes sino que sean leídos por los profesores, por los alumnos y sus padres. Veremos luego que esto último parece que contribuyó con no poco a su salida del rectorado. En esto fué su acción tan eficiente que al salir del Instituto la biblioteca, creada por su antecesor, la dejó convertida en la segunda del país por el número de sus volúmenes—eran diez mil—, en la primera de Chile y de la América española en muchos conceptos, especialmente por la calidad y abun-

dancia de las obras americanas o sobre América; además, cuando él se retiró, los alumnos del colegio habían contraído ya el beneficioso hábito de ir a diario a consultar libros, a pedirlos para leer en su casa, etc. De esto es de una de sus obras de que más se preciaba Barros Arana en el glorioso atardecer de su fecunda vida.

Este esfuerzo constante de Barros Arana por cultivar la inteligencia de los alumnos, por todos los medios a su alcance, va siempre unido al deseo de que se acostumbren a manejarse en la vida guiados por la razón; de aquí que vaya disminuyendo gradualmente, pero de un modo constante, la rigurosa disciplina basada únicamente en el miedo al castigo, para reemplazarla por el deseo imperioso, en los alumnos, de cumplir con su deber. Veremos también, muy luego, que este sano principio pedagógico perjudicó al rector en los momentos de crisis, especialmente entre las gentes educadas bajo el riguroso régimen del «cepo y del guante» que seguían creyendo en la verdad del antiguo adagio español: la letra con sangre entra.

Todas estas reformas eran aceptadas ampliamente por el gobierno. Tanto el Ministro Blest Gana como don Eulogio Altamirano en sus diversas memorias ministeriales no escatiman los elogios ni al rector ni al establecimiento. «Cumpro con un deber — dice Blest Gana, en la memoria de 1867 — manifestando que aquel celoso empleado (Barros Arana) siempre ha estado dispuesto a prestar innúmeros servicios independientes de su incumbencia, atendiendo a las múltiples consultas que se hacen de los Liceos provinciales, vigilando por el fiel cumplimiento del plan de estudios en las provincias y por la oportuna remisión a los otros establecimientos de los textos y útiles de enseñanza.»

«Bajo el régimen del actual plan de estudios, dice Altamirano en la de 1870, *el Instituto Nacional no deja nada que desear*, empeñado siempre su infatigable rector en introducir nuevas mejoras para facilitar o hacer más completa la enseñanza.» «*El Instituto Nacional*, agrega al año siguiente (1871), *sigue haciendo honor a la República.*»

Pero Barros Arana no se limitaba, como dice el Ministro Altamirano con tanto elogio, a introducir nuevas mejoras para facilitar o hacer más completa la enseñanza sino que trataba, en todo momento, de influir sobre los profesores y alumnos en ese mismo sentido.

Hemos dicho que Barros Arana era el educador por excelencia, que no limitaba su acción a sus horas de clase o de oficina sino que estaba en su tarea permanentemente, en todos los sitios y con todos aquellos con quienes alternaba. Desde la fundación del Instituto Nacional existía la costumbre de que el rector y algunos profesores e inspectores comiesen, en familia, en un comedor contiguo al de los alumnos. Pues bien, estas horas de comida las aprovechaba Barros Arana para imponer a los profesores e inspectores de las novedades científicas y literarias más interesantes, siempre del modo más ameno, deleitándolos con su charla siempre fina e ingeniosa. Aprovechaba todas las circunstancias: el frío o el calor excesivo, los días largos o cortos, algún eclipse, la muerte de algún hombre ilustre en las ciencias o en las artes, el paso de alguno de ellos por Santiago o cualquier otro acontecimiento para hacer a sus comensales eruditas y atrayentes disertaciones culturales. Uno de esos afortunados comensales me contó que en el año 1867 la Semana Santa — que en aquellos años era el término del feriado escolar de verano — cayó muy tarde (la Pascua de Resurrección fué el 12 de Abril) y que con ese motivo se habló, en la mesa, de las fiestas movibles de la Iglesia y que Barros Arana explicó, con todo detalle, cómo se regulaban éstas por la Pascua de Resurrección e indicó la complicada manera de fijarla, y que como algunos alegremente se lamentasen de que al próximo año tuvieran que empezar sus tareas mucho antes, seguramente en Marzo, Barros Arana les pidió que trajesen para el día siguiente el cálculo de la fecha de la Semana Santa, y que, ¡cosa digna de notarse!, casi todos lo trajeron al día siguiente, pero que solamente el de Barros Arana y el de Andonaegui eran precisos. Me contaba asimismo este profesor que cuando se anunció la venida a Chile del eminente filósofo y naturalista Louis Agassiz se dedicó Barros Arana a instruir a los profesores sobre la personalidad descollante del entonces

más gran naturalista vivo, del amigo de Cuvier y protegido de Humboldt, de modo que cuando Barros Arana lo lleva al almuerzo del Instituto Nacional, todos conocían al personaje y sabían de sus obras, de su anti-evolucionismo, de su curiosa teoría de los centros de creación — aun para el hombre — y su firme creencia en la inferioridad de los negros y su peregrina idea de justificar científicamente la esclavitud, etc., etc. Todo el Instituto, me decía, quedó por mucho tiempo impresionado con la visita del sabio.

Influir sobre la mente de los alumnos era un poco más difícil que sobre la de los profesores; los alumnos eran cerca de mil. Con todo no se arredró sino que se interesaba por los estudios y la vida de todos ellos. Son muchos los estudiantes de aquel entonces que me han dicho que constantemente el rector los estaba llamando a su oficina para hacerles reflexiones sobre sus estudios y no pocos los que me han dicho que, como eran de escasos recursos, les obsequiaba los libros para que pudiesen estudiar bien; otros me han manifestado que los primeros cargos públicos que obtuvieron en la vida se los debieron a Barros Arana quien, conociendo su pobreza y sus deseos de seguir estudios universitarios, les conseguía modestos empleos o en la Universidad, o en los Ministerios o los nombraba inspectores en el Instituto. Muchas veces, en los últimos años de su vida, le ví muy satisfecho de alguno de esos jóvenes que él había amparado, por ser alumno estudioso e inteligente, y que andando el tiempo había llegado a ser buen ciudadano útil a la Patria. Como lo hemos dicho, Barros Arana no era un simple institutor, ni un simple profesor apasionado de las ciencias, sino que era un gran maestro: amaba a la instrucción y a los alumnos y sentía, al ocuparse de unos y difundir la otra la dulce satisfacción de estar cumpliendo con sus más altos deberes sociales y patrióticos porque él creía firmemente que el porvenir era de la ciencia, que sólo ella podía hacer la felicidad de la humanidad, que solamente los pueblos cultos pueden triunfar.

Felizmente para Barros Arana y su obra, el gobierno del Presidente Pérez estaba en el más absoluto acuerdo con su manera de pensar y de proceder — como lo hemos visto en las Memorias de Instrucción Pública — pero no sucedió lo mismo

con la administración Errázuriz que vino a sucederle. En la Memoria de 1872 el nuevo Ministro de Instrucción Pública se limita a estampar lo siguiente: «el Gobierno ha dispensado una consagración esmerada y una protección decidida a este importantísimo ramo de la administración», pero silencia la obra realizada por el Instituto Nacional y su ilustrado y entusiasta rector.

¿A qué se debe tan brusco cambio de frente?, ¿por qué ahora el Gobierno parece desconocer la obra del Rector del Instituto Nacional que hasta el año anterior encomiaba con entusiasmo?, ¿por qué ahora no se elogia el buen pie del primero de nuestros establecimientos de educación secundaria del cual se decía en la Memoria anterior *que no deja nada que desear. . . . que sigue haciendo honor a la República?*

Vamos a procurar explicarlo.

Barros Arana, en su decidido empeño por propender al desarrollo intelectual de los alumnos a su cargo, no omite esfuerzos, no se detiene ante ningún obstáculo, no toma en cuenta las incontables resistencias que siempre alza en su contra toda reforma audaz e imprevista. Además, como todo el que se entrega en absoluto a la acción y sólo mira los acontecimientos desde su punto de vista, comete errores y errores graves.

El cambio de profesor enciclopédico por el maestro especializado — que era indispensable y que es uno de sus mayores méritos — le ocasionó la airada protesta de los profesores rutinarios del país entero que con el nuevo sistema quedaron eliminados, y de los directores y dueños de establecimientos particulares de educación que, a causa de la reforma, no pudieron seguir en sus actividades.

La introducción de nuevas cátedras, que la opinión pública consideraba del todo innecesarias y destinadas únicamente a recargar los programas de conocimientos inútiles cuando no peligrosos, le hizo pasar por sectario y ateo ante muchas gentes. Este modo de pensar del grueso público, a pesar de lo que ahora nos choca, no debe extrañarnos si recordamos que algunas de esas cátedras sólo con mucha dificultad había conseguido es-

tablecerlas — relativamente pocos lustros antes — en uno solo de los Liceos de París, el gran Cuvier.

El nuevo ritmo cultural que introdujo en la instrucción de todo el país obligó a retirarse a más de un maestro tan venerable como rutinario, y a ocupar a otros nuevos entre los cuales había algunos de dudosa ortodoxia y hasta protestantes (Philippi) para enseñar materias que el vulgo del mundo entero ha condenado siempre como heréticas. Eso, como era de suponerlo, le enajenó la voluntad de toda la gente piadosa o timorata que no quería ver, en la nueva orientación científica de la enseñanza nacional, sino un ataque a fondo a sus ideas religiosas y al régimen establecido. Este curioso modo de pensar, que ha sido después tan criticado por los hombres de ciencia y los políticos anti-cléricos subsiste en parte aun ahora, porque tiene su razón de ser. En realidad, toda enseñanza que pretende explicar los fenómenos naturales con prescindencia de la revelación, implica, en el fondo, un ataque a la teología, porque o ésta es todo y lo explica todo o es algo absolutamente inútil.

Este conjunto de reformas indispensables le fueron creando al rector una atmósfera de recelo y hostilidad muy injusta pero de la cual le era imposible desprenderse.

En su carácter de rector del Instituto Nacional y de Decano de la Facultad de Humanidades quiso convertir en realidad el precepto constitucional que dispone que «la educación pública es una atención preferente del Gobierno», violentando con ello la opinión de los dirigentes del país que consideraban que no debía hacerse más de lo que ya se hacía. Al proceder así el rector olvidaba que aun en la docta Francia de Luis Felipe las preocupaciones educacionales estaban tan poco generalizadas que el Ministerio de Instrucción Pública era un Ministerio *secundario* aunque lo desempeñara un Guizot. Esto le dió fama de hombre absorbente y dominante, y sus adversarios llegaron hasta sostener que con eso pretendía manejar al propio Gobierno desde el Instituto Nacional.

El ambiente libertario que se había extendido por el país apenas desaparecida la férrea administración del Presidente Montt y los propios sentimientos de Barros Arana y sus princi-

pios pedagógicos — influenciados por Pestalozzi y su escuela de Iverdun — había hecho que cayese un tanto la antigua disciplina casi monacal del establecimiento, lo que era muy criticado por los ex-alumnos que, a pesar de haber sufrido los rigores de una disciplina absurdamente severa, seguían creyendo en su irremplazable bondad educadora.

El conjunto de todas estas cosas fué acumulando un sentimiento si no de mala voluntad — que en muchos casos la hubo — a menos de desconfianza en torno del rector. Hay que convenir, sin embargo, en que todas estas reformas de Barros Arana eran necesarias y muchas indispensables, de modo que debía hacerlas aun a sabiendas de que tenían que crearle una mala atmósfera en su contra; este es, sin duda, uno de sus mayores méritos.

Pero además Barros Arana cometió el error — grave en aquellos años — de suprimir algunas prácticas religiosas existentes desde la creación del Instituto Nacional y que respondían a los sentimientos de la gran mayoría de los chilenos de entonces: «como la misa diaria y el rosario que se rezaba cada noche» y dejar, salvo pocas excepciones, «la confesión a cargo de los padres y tutores.» Estas medidas fueron, en aquella sociedad, un grave error. Corresponden, en realidad, a un concepto esencialmente liberal, porque no es aceptable que estas prácticas piadosas se impongan a personas que no creen o que pertenecen a otra Iglesia, como sucedería hoy en el Instituto Nacional; pero en aquellos años, salvo dos o tres protestantes venidos de Valdivia, todos los alumnos eran católicos y observantes, y si alguno tenía por padre a un indiferente, era casi seguro que, a pesar de ello quería que su hijo fuese educado en los preceptos de la Iglesia Católica. Esta medida liberal no era una necesidad, e iba, en cambio, a herir sentimientos muy respetables. Es verdad que la formación religiosa de los alumnos nada podía perder con esas supresiones porque la religión y la moral no se enseñan como la aritmética y la historia, porque comprender y sentir son dos cosas muy diversas. La ilustración se adquiere por simples ejercicios, más o menos nemónicos, pero la educación requiere un medio adecuado en que los principios morales o religiosos que se desea infiltrar han de

estar incorporados a la vida y a las actividades de todos los que integran ese medio ambiente. Es por eso que ningún colegio puede reemplazar, en la formación moral y religiosa de un niño al hogar bien constituido de sus padres. Pero estos conceptos pedagógicos no eran corrientes; en aquellos años se sostenía siempre, tanto acá como en Europa, que la primera obligación de toda escuela era: «formar el corazón del educando.» Muchos años más tarde, al finalizar el siglo, Jules Simon — cuyas ideas no pueden ser motejadas de clericales — decía con énfasis: «No se había inventado aun la enseñanza neutra; todo el mundo creía entonces, y gracias a Dios *lo sigo creyendo todavía*, que no hay ninguna diferencia entre la enseñanza neutra y una enseñanza nula.»

Ningún hombre de mundo habría cometido el error de herir sentimientos entonces tan arraigados en la sociedad chilena, porque sabe, por el trato diario con gentes de todos los círculos, cuánto irritan esas faltas de deferencia a los sentimientos íntimos más caros. Pero Barros Arana no fué nunca un hombre de mundo y, en aquellos años, vivía totalmente entregado a sus absorbentes tareas educacionales casi sin frecuentar más que a los miembros más próximos de su familia, que, ¡cosa curiosa!, vivían casi todos en el más completo indiferentismo religioso, y a los cuales no chocaban, por consiguiente, esas medidas.

En su ardoroso deseo de reformas olvidó el consejo que constantemente daba a Richelieu su inspirador habitual, la famosa Eminencia Gris: «Il faut se servir de toutes les choses comme d'une remède dont le peu sert de contre-poison et dont le trop tue» y aglomerando reformas sobre reformas, innovaciones sobre innovaciones, lastimó muchos intereses, contrarió viejos prejuicios e hirió sentimientos siempre respetables. Pensando únicamente en la difusión de la cultura, sin otra preocupación que la ciencia, no creó, para la lucha titánica a que su actuación le conducía fatalmente, nuevas fuerzas capaces de darle la victoria. Hoy esas fuerzas, nacidas de sus enseñanzas, tienen vigorosa vida, pero en la hora decisiva no existían, de modo que la caída del progresista rector del Instituto Nacional se hizo inevitable: podemos quizás agregar que si no se realizó antes fué exclusivamente a causa de la difícil

situación internacional por la cual pasaba entonces la América.

La horrible guerra de secesión de los Estados Unidos y la libertad de los esclavos en aquella región del Nuevo Mundo (1865), que es uno de los grandes jalones en el camino del progreso de la humanidad, sólo conmovió en nuestra tierra a las gentes más cultas, pero no fué una preocupación nacional. En cambio no sucedió lo mismo con la singular aventura de Maximiliano en México (1864-1866) que emocionó intensamente a la América entera. Se la consideró entonces, y con razón, como un síntoma inequívoco de que la Europa monárquica volvía, en forma más violenta y eficiente, a la desgraciada política de la Santa Alianza. Y la presencia en aguas del Pacífico de una poderosísima escuadra española llevando a su bordo, para solucionar con el Perú la dificultad de las Chinchas, no un plenipotenciario sino un *Comisario Regio* hacía suponer que la España, aprovechando esta nueva orientación de las Cancillerías de Europa quería recuperar en parte su antigua situación en el Nuevo Mundo.

A los primeros síntomas de este grave peligro se unió la América española entera y en cada país se olvidaron las rencillas políticas en el altar de la Patria amenazada. Chile mandó, en una nave de guerra, al propio ex-Presidente Montt al Congreso Americano de Lima en calidad de Ministro Plenipotenciario, se alistó para la defensa de nuestras costas amenazadas de hecho por la presencia de esa escuadra, y se preparó para hacer frente a las terribles contingencias de un conflicto armado con España.

Se comprende muy bien que en medio de estas preocupaciones de orden superior y entre las dificultades incalculables de la guerra, que no era posible el que la sociedad chilena y el gobierno se ocupasen de los recelos que suscitaba la orientación que daba a la enseñanza el nuevo rector del Instituto, lo único lógico era no pensar siquiera en eso.

Las cosas habrían seguido así quizás por algún tiempo más a no mediar dos hechos; la subida al gobierno del Presidente Errázuriz — que había contraído fuertes compromisos políticos con el Partido Conservador — y el desempeño de la Car-

tera de Instrucción Pública por el adalid de ese partido, don Abdón Cifuentes.

Era éste un joven de vigorosa personalidad, experto abogado, brillante orador, periodista entusiasta, diputado celoso defensor de las ideas católicas y que, como Barros Arana, se había formado en el estudio y la enseñanza, profesor, como él, en el Instituto Nacional y que, también como él, participaba del prejuicio entonces dominante de la fuerza irresistible y avasalladora de la instrucción. ¿Qué extraño tiene, pues, que un joven de esas condiciones quisiera aprovechar, en beneficio de sus ideales, esta fuerza extraordinaria que la política ponía en sus manos?

La lucha comenzó en el acto entre estos dos grandes entusiastas por la cultura. El Ministro tratando de aminorar la enorme influencia del Instituto Nacional que estaba en manos de sus adversarios políticos y de dar grandes facilidades, una amplia libertad a la enseñanza particular que generalmente casi monopolizan los colegios congregacionistas, para servir así sus intensos sentimientos religiosos de entusiasta y sincero campeón católico. El rector del Instituto, por su parte, resistiendo la acción del nuevo Gobierno en nombre del progreso intelectual y batallando por el racionalismo y la audacia y la exaltación del espíritu tan grata a los que han gustado del sabroso fruto de la libertad de conciencia: y los dos íntima, profunda y sinceramente convencidos de que sólo obraban «pro bono público».

Como toda lucha que no versa sobre hechos tangibles, sino sobre conceptos más o menos imprecisos, fué dura, apasionada, pues nada excita y conmueve tanto como la lucha de ideas. Según los griegos, las terribles disputas de sus dioses fueron siempre sobre el concepto de lo justo y de lo injusto, de lo honesto o deshonesto, sobre el bien o el mal, jamás sobre un hecho material, en fin, sobre ideas en que generalmente todos los hombres discrepamos y en que a veces los mortales nos hallamos hasta en contradicción con nosotros mismos.

En esta lucha desigual, titánica ¿quién sería el vencedor, quién el vencido? La solución no era difícil de prever; en ningún caso podía salir derrotado el Ministro que representaba

una poderosa combinación política que acababa de triunfar ampliamente en las urnas electorales. Será, pues, siempre digna de elogio la actitud de Barros Arana al entrar en una lid tan desigual, en defensa de sus ideales de cultura: así como estimamos que no estuvo afortunado al extremar la resistencia, cuando, después de los primeros combates, se encontró solo en la arena, herido y sin posibilidad alguna de alcanzar el triunfo y expuesto, como lo dijo con razón Arteaga Alemparte desde las columnas de *El Ferrocarril*, a repetir «la trágica conducta del Conde Ugolino en la Torre del Hambre al devorar a su propio hijo», pues con la prolongación de la lucha el Instituto Nacional — este hijo querido de Barros Arana — se anarquizó y estuvo a punto de desaparecer.

CAPÍTULO III

LA LUCHA. — EL MINISTRO EXTERIORIZA SU POLÍTICA. — BARROS ARANA RESISTE LA POLÍTICA MINISTERIAL COMO DECANO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES. — NECESIDAD INELUDIBLE DEL MINISTRO DE ELIMINAR AL RECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL. — SEGUNDA FASE DE LA LUCHA. — EL DECRETO DE 15 DE ENERO DE 1872. — ES MUY BIEN RECIBIDO POR EL PÚBLICO. — BARROS ARANA ACATA EL DECRETO COMO RECTOR PERO LO ATACA COMO DECANO. — VIENTOS DE REBELIÓN EN TODOS LOS COLEGIOS. — LA PRIMERA REBELIÓN EN EL INSTITUTO NACIONAL. — LA SEGUNDA; SU CAUSA. — HA LLEGADO LA HORA DEL MINISTRO. — NOMBRA UNA COMISIÓN QUE ESTUDIE LA CAUSA DE ESAS REBELIONES. — EL INFORME DE ESA COMISIÓN. — EL MINISTRO ESTABLECE LA DIRECCIÓN DUAL. — LA PERSONA DEL SEGUNDO RECTOR. — BARROS ARANA COMETE EL ERROR DE ACEPTAR ESTA DIVISIÓN DE FACULTADES. — ¿POR QUÉ? — ANÉCDOTA DE DON GONZALO BULNES. — SURGEN LAS DIFICULTADES ENTRE LOS DOS RECTORES. — DEBATES EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS. — EN EL CONSEJO DE LA UNIVERSIDAD. — AÑO DE 1873. — LA SALIDA DE BARROS ARANA DEL INSTITUTO NACIONAL. — MAESTRÍA Y ERRORES DEL MINISTRO. — DESPIERTA LA OPINIÓN PÚBLICA. — LA POLÉMICA. — EFECTOS POSTERIORES DE ELLA. — LA INTOLERANCIA RELIGIOSA DEL EX-RECTOR. — SUS IDEAS FILOSÓFICAS. — CAUSAS DE LA ADVERSIÓN QUE TIENEN POR EL EX-RECTOR SUS ENEMIGOS.

AUNQUE el Ministro Cifuentes entró al Ministerio resuelto a variar, de acuerdo con sus ideales, la dirección de la Instrucción Pública, parece que, en un principio, no pretendió mo-

ver a Barros Arana de su cargo: al menos así lo declaró después públicamente llegando hasta asegurar que la permanencia en su puesto del rector del Instituto Nacional había sido una de las exigencias para con el Presidente Errázuriz antes de aceptar el Ministerio. Pero esta disposición de ánimo duró muy poco, como vamos a verlo.

Comenzó el Ministro por exteriorizar su política al discutirse en la Cámara de Diputados un suplemento al presupuesto de Instrucción Pública. Habló entonces con todo entusiasmo y no poco brillo, de la libertad de enseñanza — tan grata en aquellos años a todos los chilenos — condenó con energía todo monopolio y, de un modo muy especial, al más irritante de todos; el monopolio del saber, de la ciencia, de las ideas, y consiguió ganar a su favor a la gran mayoría de la opinión pública. En este interesantísimo debate parlamentario se habla con ardor del derecho de cada cual a enseñar lo que estime más conveniente, del derecho indiscutible del padre de familia para educar a sus hijos como le plazca; pero también se condena a lo que estiman un monopolio irritante: la intervención de la Universidad de Chile en la formación de los profesionales; se proclama la más absoluta libertad profesional, sin exceptuar a los médicos y cirujanos; en nombre de la libertad se proclama la necesidad imprescindible de colocar, de inmediato, en la más absoluta igualdad, respecto de exámenes y diplomas de competencia, al Instituto Nacional y los Liceos del gobierno con los establecimientos de instrucción de los particulares cuales quiera que sean, y hasta a la Universidad de Chile con cualquiera escuela de instrucción superior. El Ministro sostiene que el dueño del examen es dueño del programa, del método y hasta de la doctrina, de modo que el monopolio de examen es un irritante monopolio del saber, de la cultura, de las ideas, lo que no puede ser sino lo más perjudicial para el progreso espiritual y material de toda sociedad. No faltaron también en este debate entusiastas ultra-individualistas que llegaron hasta a negar al Estado el derecho a fomentar la enseñanza y la cultura. Y gran parte de la opinión pública, de la opinión liberal del país, aplaude entusiasmada: no en balde el hábil Mi-

nistro bate con ardor, con sinceridad y con brillo la gran bandera de la libertad.

Barros Arana no se dejó influenciar por la opinión general, como se dejaron arrastrar algunos de sus amigos, sino que, por el contrario, la combatió con energía. Y era natural que así fuese porque él nunca fué un ideólogo sino un positivista, que jamás se dejó deslumbrar por las grandes palabras sino que siempre observó y respetó a los hechos.

Aunque era diputado no concurrió a los debates, según dijo, por el mucho trabajo que le daba el Instituto en aquella época del año, pero es más posible que procedió así porque no consideró muy conveniente la lucha abierta, con su superior jerárquico, en plena Cámara; pero en los diarios, especialmente desde *El Ferrocarril* — que, sin embargo, apoya con toda decisión y entusiasmo la política ministerial — rectifica los datos erróneos que abundan en este debate, defiende con pasión al Instituto Nacional y a los Liceos fiscales, declara enfáticamente que la supresión o aminoramiento de estos colegios sería desastroso para el país, un retroceso espantable para la instrucción general porque, a su juicio, todo adelanto, toda iniciativa de progreso en materia de instrucción se debe, en Chile, al Estado; se declara, en fin, en nombre de la ciencia, de la cultura y del progreso el campeón del Estado docente. La misma actitud tomó en el Consejo universitario de que forma parte desde años atrás, como Decano de la Facultad de Humanidades.

Planteada así la lucha, el Ministro, para hacer triunfar su política tiene forzosamente que eliminar de en medio a la recia personalidad de Barros Arana y desde ese momento no es un misterio para nadie que el Ministro procura alejarlo del Instituto Nacional.

Comienza entonces una nueva fase de la contienda. Hasta aquí ha sido un conflicto de ideales; el Ministro tratando de implantar una libertad sin límites en materia de enseñanza y Barros Arana sosteniendo las ventajas de un estado docente integral, totalitario, ahora comienza la parte dura para Barros Arana: la guerra y la guerrilla que le hacen personalmente a él, como rector del Instituto Nacional, los partidarios del Minis-

tro, la gran masa del Partido Conservador y hasta parte del clero. Se distingue, en esta ocasión, por la violencia de sus ataques, el diario conservador *El Independiente*, redactado entonces por el Presbítero don Crescente Errázuriz, años más tarde Arzobispo de Santiago. Los cargos son absolutamente injustos: que gana una fortuna con cada libro que publica; lo que desmiente en el acto el editor manifestando que Barros Arana no recibe «otra remuneración por su trabajo que algunos ejemplares que él reparte a sus amigos o a estudiantes pobres o más aprovechados» y que «todos los libros que ha publicado no le han producido un solo centavo». Otros denuncian el hecho de que el rector y algunos profesores e inspectores del Instituto han apartado comedor para tener banquetes opíparos a expensas del hambre de los alumnos; lo que no era efectivo porque desde la fundación del establecimiento existían los dos comedores y una sola comida, etc., etc.

Todo esto hace que los amigos de Barros Arana se unan a su alrededor para ampararlo y estimularlo. Con motivo del día de su santo (12 de Diciembre - 71), Barros Arana da un almuerzo en el Instituto Nacional a profesores y amigos, entre los cuales figura el Ministro de la Guerra don Aníbal Pinto, quien, en un brindis elogia con entusiasmo la obra del rector y ofrece la más amplia cooperación de parte del Presidente Errázuriz. Al día siguiente los profesores dan al rector una comida en la Quinta Normal de Agricultura, a la que asisten muchos políticos; en todos los discursos se hacen votos, como en el banquete del día anterior en el Instituto, porque el Presidente Errázuriz siga apoyando al rector. Esa misma noche hubo frente al colegio, por la calle de San Diego nueva (hoy Arturo Prat) una serenata con dos bandas militares, y Barros Arana fué obligado a salir a la calle y a hablar. Según *El Ferrocarril* éste habría dicho en aquella ocasión: «ahora por lo mismo que se desea que salga, no lo haré y permaneceré en mi puesto cumpliendo con mi deber, como lo he hecho hasta ahora.» Todo esto manifiesta que el deseo del Ministro Cifuentes de eliminar a Barros Arana no era compartido por todos sus colegas y que la voluntad presidencial no parecía acompañarle.

Así terminó el año de 1871, «año de luchas» según *El Fe-*

procarriil, en una atmósfera caldeada que se habría ido enfriando con la clausura del Congreso y con las vacaciones de verano a no dictar el Ministro Cifuentes su famoso decreto de 15 de Enero de 1872, en que se declaró que no era requisito indispensable para la validez de los exámenes parciales el que fuesen rendidos en los establecimientos del Estado o ante sus juntas de profesores; en que se colocaba en el mismo pie de igualdad — para estos exámenes — a los colegios estatales y particulares.

Este decreto, que tan funestas consecuencias trajo para la instrucción general del país, quizás por venir envuelto en el espléndido manto de la libertad, fué aplaudido por gran parte de la opinión pública, pero muy resistido por Barros Arana, Amunátegui y otros universitarios. *La República*, diario liberal, pero de gobierno, cuyos editoriales redactaba con frecuencia el propio Ministro Altamirano y del cual don Miguel Luis Amunátegui era uno de sus directores y su redactor ocasional, y en que colaboraban asiduamente Barros Arana y otros liberales, se negó a publicar un editorial de Amunátegui en contra del decreto, por lo cual Amunátegui, Barros Arana y Melchor Concha hubieron de retirarse de ese diario y continuar la resistencia al decreto y a la política ministerial desde las columnas de *El Ferrocarril*, que les dió generosa hospitalidad, a pesar de ser entusiasta partidario del decreto «por cuanto encaminaba a una amplia libertad de enseñanza» que era su ideal. Esa libertad era sostenida con todo entusiasmo y aceptada con todas sus consecuencias por los redactores oficiales, muy especialmente por el brillante periodista y redactor principal don Justo Arteaga Alemparte, eso sí que con una sola salvedad: la que no había por qué matar al Instituto Nacional — como querían los diarios conservadores — ya que «la libertad nunca mata y siempre da vida». Esto da una idea de que no era tarea fácil la de impugnar el mencionado decreto de 15 de Enero, puesto que éste contaba con el favor de la opinión pública, de los periodistas más brillantes y de no pocos parlamentarios de grande influencia, como don Manuel Antonio Matta entre otros, quien, apoyándose en sus ideas avanzadas de la más amplia libertad, lo defendió vigorosamente, meses después, en la Cámara de Diputados. Será siempre, pues, un grande honor para Barros

Arana y Amunátegui el haber predicho, desde un principio, todos los inmensos males que esa disposición ministerial iba a acarrear al prestigio de la educación que daba al Estado y a la cultura nacional.

Días después, el Ministro Cifuentes lanza el decreto de 27 de Enero en el que varió el plan de estudios secundarios. Pero en esta ocasión no tuvo el mismo favor de la opinión pública. *El Ferrocarril*, que hasta ese momento había aplaudido la política ministerial porque encaminaba al país hacia una amplia libertad de enseñanza, encuentra que este último decreto es anti-liberal por cuanto da excesiva extensión a los estudios religiosos, que hace obligatorios aun para los protestantes y descreídos.

Barros Arana, como rector del Instituto Nacional, acata estos decretos y las circulares ministeriales, pero en el Consejo de la Universidad, como Decano de la Facultad de Humanidades, expresa con energía y franqueza sus innumerables inconvenientes. Guiado siempre por su criterio positivista, por su prevención en contra de las ideologías brillantes pero de dudoso resultado, y adicto siempre a las realidades, a los hechos tangibles, denuncia en las sesiones del Consejo Universitario, casos bochornosos: unas veces alumnos del Instituto Nacional reprobados en Diciembre y en Marzo en varios exámenes habían sido aprobados, en esos mismos exámenes, en los primeros días de Abril en un colegio particular de Santiago; que existían otros llamados colegios sólo para extender boletos de exámenes; que uno de éstos, el de la «Purísima para Jóvenes», no había podido ser ubicado en Santiago a pesar de los esfuerzos de la Secretaría de la Universidad para hallarlo; que en colegios particulares, fundados después de la vigencia del decreto de 15 de Enero, algunos jóvenes rendían exámenes con sólo matricularse y sin asistir a ninguna clase, sin hacer ningún estudio, y recibían el respectivo certificado de competencia; que en esos pseudo-colegios eran aprobados invariablemente todos los alumnos reprobados en el Instituto Nacional y en provincias; que algunos tenían hasta tarifa de exámenes y que así se había llegado a lo que él llamaba con indignación: «la feria de los exámenes.»

En esta campaña fundada en hechos comprobados, en

datos concretos, encuentra ayuda de otras personalidades. El Rector de la Universidad, don Ignacio Domeyko, manifiesta que escasean los alumnos en la Escuela de Derecho porque muchos prefieren acudir a colegios particulares en los cuales rinden fácilmente sus exámenes en cualquiera época del año, y que temía que luego pasase lo mismo con otras Facultades. En otra ocasión expresó que se había visto obligado a suspender, por un año, de exámenes en la Universidad a dos alumnos que faltaron, en forma absolutamente inconveniente, al respeto debido a los examinadores, pero que creía que esa medida iba a resultar ineficaz por cuanto podía ser burlada dando los exámenes en cualquier otro colegio. En ese mismo día el profesor universitario don Rodolfo Amando Philippi hizo presente al Consejo que sus alumnos de Botánica se habían negado a entrar a clase so pretexto de que hacía frío; y que, por lo tanto, se encontraba en situación difícil ante sus colegas, quienes, con razón, podían deducir de eso que él era un profesor sin ninguna autoridad sobre sus alumnos. Todos los consejeros le expresaron que conocían muy bien sus grandes condiciones de maestro y que sabían también perfectamente que «la indisciplina de que los alumnos daban muestras en todos los establecimientos era el corolario inevitable de la libertad de exámenes que había quitado a la Universidad su arma de suspender temporalmente de los estudios a los alumnos revoltosos».

Como se ve, soplaban vientos de franca rebelión en todos los establecimientos fiscales de enseñanza; los alumnos se sentían amparados por el Ministro y defendidos por la prensa de gobierno y veían, en las propias declaraciones del Presidente de la República, la seguridad de la continuación y aun de la ampliación de esa política, pues en el Mensaje de apertura del Congreso Nacional (1.º de Junio - 72) el Presidente Errázuriz dijo: «Si las libertades que he otorgado a la enseñanza y que eran imperiosamente reclamadas desde tiempo atrás, no han sido tan completas como el Gobierno mismo lo hubiera deseado, ello ha dependido de las prescripciones de la ley vigente. El Gobierno confía, empero, que la reforma de que os ocupáis, consultando los verdaderos intereses nacionales, tendrá por base la más amplia libertad de enseñanza aconsejada por la

experiencia de los pueblos más adelantados y única conciliable con la naturaleza de nuestras instituciones.»

¿Qué de extraño tiene, pues, que en el Instituto Nacional, dadas estas circunstancias, existiese en grande escala un espíritu de revuelta? Lo que nos extrañaría sería que no lo hubiere habido. Siempre han repercutido en sus aulas las grandes inquietudes sociales y políticas; ¿cómo no había ahora de haber inquietud y espíritu de revuelta en contra del rector y demás superiores ahora que la agitación que conmovía al país era provocada por la cuestión de enseñanza, por la cuestión de exámenes? ¿Era posible siquiera que tuviese el entusiasta favor de sus alumnos un rector que, como Barros Arana, combatía enérgicamente la voluntad no menos resuelta del Gobierno de facilitar la rendición de exámenes? Sin duda que no, y el que en esas horas haya habido alumnos que secundaron la acción del rector y que estuvieron a su lado en el momento de la crisis no es sino la más brillante prueba del respeto que su ciencia y su laboriosidad habían ganado en el ánimo de esa juventud.

La crisis vino, y como la mayoría de ellas, casi sin motivo alguno. En la tarde del trece de Junio de 1872 repentinamente estalló una rebelión en contra de un inspector, en uno de los patios de internos. Barros Arana no estaba en ese instante en el establecimiento, pero llegó muy luego e hizo, en el acto, retirarse a los sirvientes y cocineros que, armados de palos y de escobas, había traído en su auxilio el inspector; los niños entraron tranquilamente a la sala de estudios y pudo regresar el pobre inspector que había huído despavorido. Todo volvió a la normalidad con la sola presencia del rector a quien luego sus adversarios le hicieron el cargo de no haber hallado toda la razón al inspector y de haberle amparado sólo a medias.

Esta pequeña rebelión había pasado ya al olvido cuando, de improviso, en la noche subsiguiente, es decir, el Sábado 15 de Junio, estalló una nueva revuelta y esta vez de un modo serio. Los alumnos no solamente rompieron todos los vidrios que pudieron sino que hicieron saltar las puertas del departamento del vice-rector y lo invadieron rompiendo cuanto hallaron. Pedido el auxilio de la policía, llegó en el acto el Intendente de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna quien, con

una fogosa arenga, hizo volver a los alumnos a la disciplina. Barros Arana creyó que había que suspender las clases por algún tiempo y así lo hizo, y aquella misma noche muchos alumnos se fueron a sus casas. Barros Arana sostuvo siempre que esta segunda rebelión había sido mañosamente urdida en su contra por empleados desafectos que había tenido, a veces, que reprender severamente y por otros que le habían sido impuestos. No es imposible que así fuese. ¡Quienquiera que haya tenido la mala fortuna de ser jefe de oficina durante un período de gobierno adverso sabe muy bien cómo levantan cabeza en contra del superior todos los empleados deficientes que ha tenido que tolerar o aceptar! Por lo demás, para convencerse que esa revuelta no fué la obra de la incapacidad del rector sino de la atmósfera creada por los decretos ministeriales basta con observar que en esos mismos días hubo rebeliones estudiantiles en la Escuela de Artes y Oficios y hasta en la Escuela Militar!

En esta lucha había llegado de improviso la hora del Ministro, el que, en el acto, nombró una Comisión para que investigase las causas de estas rebeliones y los medios de evitarlas. Formaron esta comisión los señores Antonio Varas y Francisco de Borja Solar, ex - rectores del establecimiento, Ignacio Domeyko, Rector de la Universidad, Manuel Camilo Vial y Enrique Tocornal.

Estos caballeros emitieron su informe rápidamente. En él dejan constancia de que los desórdenes habidos en el colegio «manifiestan la necesidad de mayor vigilancia, de una disciplina más sostenida, mas no de reglas distintas». Consignó asimismo que «los inspectores no tienen autoridad moral» y que según éstos «proviene de que el rector no les presta el apoyo necesario», pero se agrega en el informe: «los hechos aducidos, *atendido su origen*, no tienen esa importancia». La primera de estas dos aseveraciones confirma lo que todo el mundo sabía: que en el Instituto Nacional y en todos los establecimientos de educación había indisciplina, la que, como hemos visto, los Consejeros Universitarios consideraban que era «el corolario inevitable de la libertad de exámenes», es decir de la política del Ministro. La segunda aseveración deja bien en claro que

en el Instituto había, como lo sostuvo siempre Barros Arana, inspectores con mala voluntad hacia el rector que éste estaba obligado a tolerar, puesto que la Comisión no toma en consideración sus dichos, *atendido su origen*.

Después se consigna en este informe que «la mayor parte de sus miembros cree que ha podido influir en los últimos sucesos, el no darse a la educación religiosa y a los actos que requiere toda la importancia» y que «otros piensan que nada hay que revele que esa circunstancia haya influido».

Como se ve, la cuestión religiosa, aunque no es determinante en las conclusiones de este informe, tiene alguna influencia. Este tiene, en general, «una vaguedad desconcertante», como dice con toda razón *El Ferrocarril*, pero al final consigna un hecho preciso: que el Instituto Nacional se ha desarrollado enormemente; que ha aumentado el número de alumnos, de clases, de profesores y aun de inspectores; pero que el personal dirigente ha permanecido igual; el rector y un solo vice-rector; y que como consecuencia ineludible de esto el rector está abrumado de trabajo con la sola atención de la instrucción y el vice-rector no tiene tiempo material para atender a la vez a la disciplina y a la dirección económica del enorme colegio.

Para remediar estos inconvenientes la Comisión propuso el nombramiento de otro vice-rector, encargado únicamente de la disciplina, para que así el rector pudiese ocuparse exclusivamente de la instrucción, y el actual vice-rector también exclusivamente del régimen económico del establecimiento. Este nuevo vice-rector debía quedar, como era natural, sometido enteramente en sus funciones -- lo mismo que el vice-rector entonces en ejercicio -- al rector que era el jefe supremo del colegio.

Desgraciadamente para el Instituto Nacional el Gobierno no aceptó en su totalidad la idea de la Comisión, y el Ministro hizo de este segundo vice-rector subordinado al rector un funcionario independiente de éste, encargado de la educación de los alumnos, de igual rango al del rector que quedó de delegado encargado de la instrucción de éstos, y nombró para ese nuevo cargo a su ex-colega de Ministerio, en la cartera de Hacienda, don Camilo H. Cobo.

Así por resolución ministerial el Instituto Nacional quedó dirigido por dos rectores; el señor Barros Arana encargado exclusivamente de la instrucción y el señor Cobo encargado exclusivamente de la educación. Se dió a nuestro primer colegio una dirección dual poco afortunada, destinada inevitablemente a fracasar, ya que es imposible deslindar prolijamente el campo de la instrucción del de la educación; se creó una dirección que tenía que producir primero rozamientos inevitables entre ambos rectores, luego dificultades graves, con la anarquía consiguiente y, por último, el rompimiento completo entre ambos funcionarios y la necesidad ineludible de poner fin a semejante régimen de dualidad.

A pesar de esto, el decreto ministerial cayó bien en el público. *El Mercurio* al comentarlo dijo: «tanto el nombramiento de nuestro amigo (Cobo) como el papel asignado al señor Barros están completamente justificados.» *La Patria* elogió el decreto, pero con todo acierto, «teme dificultades en el futuro». *El Independiente*, como es natural, encuentra buena la solución aunque hace notar que el Gobierno ha avanzado sobre lo propuesto por la Comisión y, creyendo «consultar mejor el objeto propuesto» ha hecho «hasta cierto punto independiente en sus atribuciones al empleado que debe tener a su cargo la educación de aquél que debe dirigir la instrucción».

La persona designada para la educación y disciplina fué, como hemos visto, don Camilo H. Cobo, que desde hacía un año era miembro de la Facultad de Humanidades, antiguo profesor del Liceo de Valparaíso y en esos días sucesor de Courcelle Seneuil en la cátedra de Economía Política y hasta poco antes Ministro de Hacienda. Además era un periodista distinguido que, según el propio Barros Arana, «había sobresalido por sus dotes literarias y también por la templanza y honradez». Seguramente por estas calidades el nombramiento del señor Cobo cayó bien al público y hasta a Barros Arana. Desgraciadamente, la organización dual ideada por el Ministro para la dirección de un gran colegio era y será siempre imposible, de modo que el señor Cobo fracasó como habría fracasado todo otro; además demostró no tener el carácter necesario para resistir a algunas disposiciones ministeriales, lo que lo hizo apa-

recer, a los ojos de muchos, no como un funcionario dispuesto a colaborar en la mejor dirección del Instituto Nacional sino como un simple instrumento del Ministro omnipotente que, en aquellos días, al decir de la oposición, tenía todos los arrestos de un Vice-Presidente de la República.

¿Por qué Barros Arana acepta esta situación desmedrada?, ¿por qué tolera que se le divida su cargo y comparte con otro funcionario la dirección del establecimiento a que ha dedicado todas sus energías, todo su entusiasmo, toda su vigorosa inteligencia? Es difícil explicárselo porque él no podía dudar de las dificultades inevitables que esa situación había de crearle, tenía que darse cuenta de que ese régimen de dirección dual no podía durar mucho tiempo. A nuestro juicio la única explicación está en su amor por el Instituto Nacional, en su invencible deseo de seguir enseñando, en su patriótico anhelo de ver a Chile con una cultura general análoga a la europea — que tanto le había fascinado en su viaje por el Viejo Mundo — y en la conciencia de sentirse capaz de coadyuvar, mejor que otros, en esa obra de titanes. Quizás también en la creencia de que el Ministro Cifuentes, aunque muy poderoso, no era omnipotente, que no contaba con el asentimiento de sus colegas ni con la voluntad presidencial para completar su política en contra del Instituto. Parece que sobre esto último daba seguridades el Ministro de la Guerra don Aníbal Pinto, íntimo amigo de Barros Arana.

Don Gonzalo Bulnes refería una anécdota según la cual una jugarreta de él, a los veinte años, habría sido la causa determinante de la salida de Barros Arana del Instituto Nacional, y que vendría a confirmar la idea de que el Presidente Errázuriz resistía la eliminación de Barros Arana que perseguía su Ministro. Me dijo varias veces el señor Bulnes que en una tarde, en la tertulia de su madre, doña Enriqueta Pinto de Bulnes, en la calle de Compañía esquina de Peumo (hoy Amunátegui), se hablaba con entusiasmo de un libro recién llegado de Arsene Houssaye, *Rousseau et Madame de Warens*, y que la conversación cesó casi de repente cuando él entró al salón, porque, a pesar de que tenía más de veinte años, su madre y todas las visitas estimaban que esa no era una conversación para ser

tenida delante de él, y que el General Baquedano le insinuó que saliese. Que él lo hizo en el acto, pero no sin protestar antes de que no valía la pena hacer tanta historia sobre un libro que él podía leer en el momento que quisiera porque estaba en la Biblioteca del Instituto y podía sacarlo y leerlo a su voluntad. Me agregaba que nadie le creyó esto último y que él prometió presentarse, al día siguiente, con el libro, y que cumplió su promesa porque fué a la Biblioteca del Instituto y le pidió al propio Barros Arana el mencionado libro, en nombre de su madre, que deseaba leerlo. Barros Arana le preguntó dos veces si era la señora Enriqueta la que lo pedía y el joven Bulnes aseveró por dos veces que realmente su madre tenía mucho interés en leerlo, en lo que no mentía, en realidad. En vista de eso Barros Arana le envió el libro, con el mayor agrado. Me decía el señor Bulnes que cuando él llegó a su casa con el libro, se produjo un estupor general en la tertulia de su madre. Llevaba él la prueba irrecusable de que Barros Arana no cuidaba convenientemente de las lecturas de los alumnos! Agregaba que todos pidieron, en el acto, al Coronel Víctor Borgoño, que era Edecán del Presidente, que impusiese al Primer Mandatario de la Nación de tamaña irregularidad; y que desde entonces desaparecieron las resistencias del Presidente a la política de su Ministro, que desde ese momento Barros Arana fué motejado en la Moneda de hombre poco cuidadoso de la moralidad de la juventud a su cargo!

Si las cosas pasaron como me las relató don Gonzalo Bulnes, y no hay motivo para dudar de que así fuesen, habrá que reconocer que es muy cierto que los grandes acontecimientos que admiramos o deploramos tienen, las más de las veces, un origen ridículo.

Las inevitables dificultades, previstas por todos, entre Barros Arana y Cobo comenzaron muy pronto, se agriaron luego, se dividió el establecimiento entre los partidarios del uno y del otro, el Ministro zanjó las divergencias cercenando facultades a Barros Arana para dárselas a Cobo, y la anarquía dominó en el Instituto Nacional.

El Ministro Cifuentes, y especialmente sus amigos políti-

cós de la Cámara de Diputados, aprovechan los debates de Octubre de 1872 sobre un suplemento al Presupuesto de Instrucción Pública para atacar, con tanta violencia como injusticia, a Barros Arana y su actuación como rector del Instituto Nacional, como Decano de Humanidades, como profesor y hasta como hombre de ciencia. En esos debates, los que no se atrevían a negar a Barros Arana sus indiscutibles calidades de hombre de ciencia y de educador eminente sostuvieron, con énfasis, que el rector, perturbado por su laudable amor a la ciencia y al cultivo intelectual, encaminaba la educación de la juventud por una senda errada: por el cientismo que no podía producir sino «ratas de biblioteca» en vez de hombres de acción que es lo que necesita el Nuevo Mundo. Esta aseveración, lanzada en el ardor de un debate político, ha seguido dando vueltas, a pesar de su injusticia, ya que, lo hemos visto, Barros Arana desde el primer momento trató de desarrollar la razón del educando, sacrificó los programas al método del estudio. Barros Arana, que fué durante toda su vida un gran polemista, lleno de conocimientos y con una gran pasión — que es la primera de las condiciones del polemista — se defiende por los diarios de estas acusaciones injustas, y lo hace con tal brillo que se gana por completo a la opinión pública, tanto que Arteaga Alemparte, comentando la polémica, escribe en *El Ferrocarril* que Barros Arana al finalizarla ha debido exclamar: «Doy las gracias a mis amigos, los enemigos.»

Con menos trabajo en el Instituto Nacional, Barros Arana puede dedicarse con toda energía a su campaña en contra de las reformas de la enseñanza en el seno del Consejo de la Universidad en donde, en su calidad de Decano de Humanidades, cargo que desempeña desde años atrás, su opinión es muy respetada. Desde esa autorizada tribuna denuncia ante el país que se están rindiendo exámenes universitarios de Leyes y hasta de Medicina (Patología General) en un colegio de ninguna importancia, enumera los abusos de los colegiales para con los profesores y examinadores del Estado, etc. Don Miguel Luis Amunátegui lo secunda con vigor diciendo que «en el último año ha habido que lamentar, en materia de exámenes,

gran número de abusos inauditos, y aun verdaderos escándalos». La alarma de los consejeros es tal sobre el porvenir de la cultura en el país que el propio Presbítero don Joaquín Larraín Gandarillas — más tarde Obispo de Martirópolis y Arzobispo de Anazarbo — entonces Decano de la Facultad de Teología, aunque ardiente partidario de las reformas del Ministro Cifuentes, y muy especialmente de la libertad de exámenes, creyó necesario declarar en los primeros días de 1873, con toda sinceridad: «No podemos resignarnos a mirar impasibles que se sigan repitiendo, en el presente año, las tristes escenas del próximo pasado.»

Las divergencias entre Barros Arana y Cobo aumentan; ambos creen que el otro invade sus atribuciones, y los modos de pensar de los rectores son compartidos por profesores, inspectores, padres de familia y hasta por los alumnos; en las aulas del Instituto Nacional ya no se enseña sino que se discute acaloradamente; de los gratos e instructivos almuerzos de los profesores no queda ya sino el recuerdo; sólo hay hostilidad entre los partidarios del uno o del otro rector; el colegio está prácticamente dividido en dos bandos enemigos que se hacen la guerra constantemente y en forma despiadada; llega ésta a tales extremos, la disciplina más elemental está tan olvidada que puede un profesor agredir al rector Cobo en la propia sala de su despacho, sin causar grande estupor! El Ministro Cifuentes vuelve a dirimir las dificultades entre los rectores cercenando nuevamente atribuciones a Barros Arana para dárselas a Cobo (decreto 28 de Febrero - 73), lo que hace exclamar a Arteaga Alemparte, en las columnas de *El Ferrocarril* del 6 de Marzo: «esto puede ser un hábil juego político o una hábil venganza, pero no es un procedimiento honroso.»

Días después, el 13 de Marzo de 1873, el Ministro Cifuentes suprimió el puesto de encargado de la instrucción del Instituto Nacional que desempeñaba Barros Arana y encomendó sus funciones «como antes exclusivamente al rector del establecimiento».

La inesperada solución del conflicto sorprendió a los amigos de Barros Arana, pero no a él quien ya consideraba que no podía triunfar porque no contaba con el apoyo del Presidente,

como en un principio, pero que se resistía a retirarse porque estimaba que abandonando el cargo facilitaba la obra del Ministro, mientras que manteniéndose en él creía arrastrarlo hasta un decreto de destitución, que era lo que más anhelaba para despertar con él a la opinión liberal del país que continuaba adormecida con los cantos de sirena del Ministro. Esta fué su equivocación, porque el hábil Ministro supo encontrar un medio mucho más sencillo para eliminarlo, sin tener que llegar siquiera a la simple separación de su cargo. Los adversarios políticos de Barros Arana aprovecharon esta situación un tanto falsa para deleitarse sosteniendo que era absolutamente inaceptable que fuese maestro de la juventud, un hombre que carecía de las capacidades más elementales para apreciar su propia situación. Pero ¿hay motivo para reír de un maestro, de un hombre de ciencia totalmente absorbido por sus preocupaciones superiores, porque, en una lid con un hábil político todopoderoso en el Gobierno, sale vencido? Huelga la respuesta. Sabemos que Tales de Mileto, por sólo mirar al cielo, absorbido por un problema de astronomía, cayó en un pozo, y sabemos también que su cocinera rió de él a carcajadas porque pretendía descubrir lo que pasaba en el cielo sin preocuparse de lo que tenía a sus pies; pero Platón, por quien conocemos esta anécdota, agrega: «así podemos reírnos de todo hombre de ciencia, porque en realidad éste no sabe ni siquiera que es lo que hace su vecino.» En verdad es un hecho casi fatal que quien se dedica por entero a la ciencia de la vida involuntariamente desdeña el arte de vivir.

Así, por una serie de medidas de aspecto más o menos inocente, casi diríamos con disposiciones de índole reglamentaria, el Ministro Cifuentes eliminó a Barros Arana del cargo de rector del Instituto Nacional que en aquellos años equivalía a la dirección de la enseñanza secundaria del país. Su triunfo no podía ser mayor!

Pero así como Barros Arana cometió un grave error al aceptar que se dividiesen sus atribuciones de rector, al compartir con otro la dirección superior de un establecimiento de esa especie, y facilitó así grandemente su eliminación, el Ministro

quedó un tanto aprisionado por sus propias redes, lo que anuló en gran parte el efecto que su extraordinaria maestría, para separar al rector, habría debido producir.

Para co-rector con Barros Arana había elegido, con su habitual maestría, a un caballero que por la bondad de su carácter no despertó, ni en Barros Arana ni en la opinión liberal del país, recelos de ninguna especie, y que por su debilidad reconocida fué dentro del establecimiento un instrumento dócil de su política, pero que no tenía ni la gran cultura ni el prestigio científico de Barros Arana, de modo que podía, por voluntad del Gobierno, llegar al Instituto Nacional a sucederle en el difícil cargo de rector, pero jamás a reemplazarle. Además, el establecimiento profundamente anarquizado, como hemos visto durante la lucha entre los dos rectores, no podía ser dirigido, con éxito, por uno de ellos que, en el curso de los acontecimientos, había demostrado falta de carácter y que no tenía lo único que podía ayudarlo: un inmenso prestigio científico o literario. La opinión pública consideró que el Instituto Nacional quedaba sin dirección y muchos llegaron hasta a creer que era una nueva maniobra del hábil Ministro para facilitar su supresión. En cambio, si el nuevo rector hubiese tenido las mismas relevantes calidades de maestro de Barros Arana la maniobra política del Ministro habría pasado casi inadvertida y su éxito habría sido completo. El mundo ha visto muchas veces cambiar los dioses en los altares y ha seguido más o menos indiferente, pero cuando se arroja un ídolo al suelo y se deja el ara vacía y el templo en ruinas la historia recoge y condena el atentado.

La opinión liberal del país, que negligentemente había dejado proceder al Ministro, se sintió alarmada al ver que se dejaba caer al Instituto Nacional, y hasta los propios inspectores y alumnos que, por pereza o malicia, no habían ayudado a Barros Arana en esta lucha, se conmovieron al fin y, aunque tarde, procuraron remediar el mal.

Comenzó, entonces, una polémica en folletos y en la prensa diaria que ocupó casi exclusivamente a los espíritus de ese tiempo y cuyo eco ha llegado hasta nosotros, una polémica ardiente en que la figura de Barros Arana y su actuación al frente del Instituto Nacional ocupan el primer plano, pero que, en el fon-

do, no es sino la eterna lucha entre el espíritu conservador y el liberal, entre los adoradores de la teología y los admiradores de la ciencia.

El propio Barros Arana escribió un folleto, *Mi destitución*, que es un modelo en su género, en que resaltan todas sus calidades de gran polemista. Desde el título es acertado, *Mi destitución*. Como hemos visto, Barros Arana no fué, en realidad, destituido, pero él se proclamó *destituido*. En este folleto analiza brevemente su actuación y condensa en pocas líneas toda su intensa labor en pro de la cultura nacional: «En estos diez años, dice, he introducido importantes reformas en la enseñanza, empeñándome sobre todo en acabar de desterrar para siempre el aprendizaje de memoria, y en buscar el desarrollo de la razón de los jóvenes alumnos cuya educación se me había confiado. Para ello rehice o reformé por mí mismo, o por medio de profesores experimentados, casi todos los textos elementales que se empleaban en la enseñanza; introduje el estudio de ramos tan útiles como la historia natural, la física terrestre, la química y la historia literaria; amplié los programas de casi todos los ramos de estudio; y me empeñé por todos los medios de que podía disponer en despertar en la juventud el amor por el estudio y por la lectura seria.»

Desde aquella época datan los irreconciliables adversarios de Barros Arana y sus entusiastas admiradores; la generación que se va extinguiendo le ha conocido casi exclusivamente gracias a esta lucha y a esta polémica, y es por eso que para unos es el destructor de toda idea de religión y de espiritualismo y para otros el corifeo de las nuevas ideas, injustamente sacrificado en aras de la reacción, el ídolo violentamente arrancado del templo; y es sabido que todo ídolo en tierra ocupa una mayor superficie que cuando se alza hierático sobre el ara. Sólo el transcurso del tiempo, la mayor cultura general y, más que todo, las nuevas preocupaciones que ha traído a los espíritus la nueva organización social que ha relegado a segundo plano el mundo teológico para dar una importancia casi exclusiva a los conceptos económicos, ha permitido que ahora pueda juzgarse con relativa serenidad y apreciar con mayor justicia su inmensa labor.

De todos los numerosos e injustos cargos que entonces se hicieron a Barros Arana sólo ha quedado en pie su intolerancia religiosa que suponen lo convirtió entonces y hasta su última hora en un propagandista fanático de la irreligiosidad, en un campeón del ateísmo.

Sin embargo, Barros Arana no era ateo, ni tan exagerado en sus ideas como lo pintan sus adversarios y ni siquiera tanto como parece al que sólo lo ha conocido por sus actuaciones más bulladas. Su condición de polemista, su inveterado hábito de maestro — que le hacía mirar siempre a los demás no como superiores o iguales sino como discípulos — le exhibía muchas veces con un dogmatismo molesto, con una exageración irritante; pero cuando enseñaba, es decir, cuando no tenía en frente a un adversario al cual aniquilar sino a un joven a quien encaminar en la vida de la cultura, su mente albergaba muchas ideas de tolerancia de que el polemista no parecía participar. En general, puede decirse que Barros Arana elegía sus posiciones como filósofo, pero que las defendía como fanático y que a veces abusó, para defender alguna de sus tesis predilectas del derecho que dió Voltaire a su Mahomet:

*Du droit qu'un esprit vaste et ferme en ses desseins
a sur l'esprit grossier des vulgaires humaines.*

Cuando fué nombrado rector del Instituto Nacional, sin duda que no era un creyente, pero, a nuestro juicio, tampoco era un ateo como hasta la fecha lo creen algunos de sus adversarios políticos. Vamos a tratar de esbozar, pues, aunque a la ligera, las ideas filosóficas de Barros Arana e indicar los diversos cambios que tuvo, en su manera de pensar, durante su vida.

Al igual que la generalidad de los chilenos nacidos en la primera mitad del siglo XIX, Barros Arana fué educado en los dogmas de la Iglesia Católica, y durante la niñez y en los primeros años de su juventud fué un perfecto creyente y observante; pero luego esa fé poco a poco se fué enfriando. Es sabido que cada generación se rebela siempre contra la filosofía de la anterior, que a veces el no pensar como sus padres y maestros es

casi una necesidad esencial para los jóvenes que ven, en esa disparidad de opiniones, algo así como el sello de su propia independencia y personalidad y, aunque no todos pretenden ser pastores, todos ansían al menos dejar de ser ovejas.

Muerto su padre, que era un católico integral muy observante y a quien Barros Arana respetaba intensamente, dió un paso más, se hizo anticlerical, lo que no era raro en la aristocracia de aquella época, ni en Chile ni en América. El odio a España y a todo lo español, que siguió a la revolución y guerra de la Independencia, había traído consigo este modo de pensar en esa generación.

Esta nueva tendencia de su espíritu se acentuó mucho durante su primer viaje a Europa y su permanencia en Francia en los círculos libertarios que hacían oposición al segundo Imperio, contribuyendo especialmente a ello las conferencias de la Sorbonne que no se distinguían, en aquellos años, precisamente por su ortodoxia, y a las cuales asistía Barros Arana con gran asiduidad. Esa atmósfera, esencialmente heterodoxa, le fué cogiendo y se hizo un volteriano completo. Por lo demás, eso era muy natural, y casi diríamos inevitable, porque Voltaire y Barros Arana tienen muchos puntos de contacto intelectual: ambos eran enemigos natos de toda metafísica, ambos tenían irresistibles curiosidades científicas, ambos eran sinceramente anticlericales, ambos tenían una prodigiosa fecundidad intelectual, a ambos les encantaba la perpetua guerrilla a todo prejuicio, especialmente a los prejuicios religiosos. Todo contribuía a que Barros Arana admirase con entusiasmo al señor de Ferney, y hasta el persistente deísmo de éste le hacía fácil y hasta sencilla su desertión de las filas de la Iglesia Católica. Pero la atmósfera romántica de París, de ese romanticismo que ensalsaba abiertamente, con delirio, todas las rebeldías lo hizo dar un nuevo paso y parece que se sintió ateo. Pero muy luego su probidad científica no le permitió negar la existencia de Dios así como poco antes no le había permitido creer en él y se convirtió en un agnóstico.

Del conocimiento íntimo que tuve de Barros Arana en los últimos años de su vida he creído deducir que no creía ni negaba la existencia de Dios.

Admiraba mucho a Comte y a su positivismo científico, pero le desesperaba su Religión de la Humanidad; en cambio admiraba sin reservas a Littré a quien jamás nombraba sin agregar la espiritual definición que de él hiciera la sobrina de Lamartine: «Era un santo que no creía en Dios.»

Respecto de la inmortalidad del alma, creo que no estaba lejos de pensar como esos espíritus descontentadizos e inquietos del siglo XIII que decían que la inmortalidad del alma era una invención de los gobiernos para dominar a los pueblos.

Así gradualmente, sin esfuerzos, se fué separando de la Iglesia Católica en que había nacido y había sido educado, hasta llegar a convertirse en un positivista, que creía vana e inútil toda investigación metafísica, que reducía todo el saber posible a los hechos y a su mutua interdependencia. Dejó de mano toda especulación filosófica y se dedicó, con toda la fuerza de su espíritu, al estudio de las únicas verdades que él creía accesibles a la limitada capacidad del hombre: a las verdades científicas, pues creía firmemente en el aforismo positivista que el motor que da impulso definitivo a todo, el agente que predomina en el curso de la evolución social, es el desarrollo intelectual, y sostenía, como todo positivista, que la historia del desarrollo intelectual es la clave de la evolución social.

Consideraba que el cristianismo, como el judaísmo, el islamismo y como todas las religiones era un producto humano que había tenido su razón de ser, que había ejercido una benéfica influencia; que las ideas cristianas habían informado la cultura medioeval y prestado por eso útiles servicios a la humanidad (como Mahoma había labrado la grandeza de los árabes) pero que, por no haberse adaptado a las necesidades del incontenible progreso humano, habían quedado rezagadas y semiolvidadas y que lo que aun sobrevive de ellas debe despertar en el hombre de ciencia el mismo grande interés que despiertan los esqueletos fósiles de los grandes saurios de la época terciaria, pues éstos también fueron grandes, posiblemente beneficiosos, seguramente necesarios (puesto que existieron), pero que habían desaparecido de la superficie de la tierra por no haberse adaptado a las nuevas condiciones de la vida en el planeta.

En cuanto a que la moral necesite del apoyo de la religión

lo negaba terminantemente, y así lo declaró, en medio de una explosión de cólera, en una sesión del Congreso General de Enseñanza en Santiago en 1902. Dijo en aquella ocasión: «Sólo acepto la moral independiente, que es la que he practicado toda mi vida; con la que he luchado ardientemente por mis ideas.»

Estimamos que están, pues, en el error quienes le consideran un ateo y que tampoco están en la razón quienes le tienen por un propagandista fanático de la irreligiosidad. No hay duda de que Barros Arana no transigía con el error; que no podía permanecer con la verdad oculta; individualidad enérgica, sus calidades más salientes fueron quizás una terquedad razonada y un espíritu de continuidad que le dieron fama de herético intolerante cuando en realidad era solamente un agnóstico de apasionado carácter. Era irreligioso, pero se equivocan los que le consideran ateo, como se equivocan los que le creen que, como profesor, fué un incansable y fanático adversario de las ideas católicas. No. Barros Arana no fué un profesor fanático anticatólico sino un grande educador, que pretendía sí, con pasión ardiente expandir la ciencia. Si alguno de sus discípulos — y no todos por cierto — fueron en la vida anticlericales decididos, no lo fueron por su sola obra sino porque el ambiente del siglo XIX era propicio a ese modo de pensar y de sentir.

Si Barros Arana no era, en esos años, un ateo sino simplemente un positivista, como tantos otros de sus conciudadanos, si como profesor no era un fanático propagandista anticlerical ¿por qué irritaba tanto su irreligiosidad? Si no era una excepción en la sociedad de su tiempo sino uno de los tantos que no creían en las ideas católicas ¿por qué esta guerra encarnizada en su contra?, ¿por qué si sólo era uno de los tantos anticlericales de la aristocracia chilena pasa hoy, a los ojos de sus adversarios, como el prototipo del ateo, del destructor de todo espiritualismo y hasta, para algunos de sus más ardientes enemigos, como el corruptor de la juventud estudiosa?

Vamos a tratar de explicarlo.

Con frecuencia contaba Barros Arana una conversación que de joven había oído repetir a los suyos y que había tenido lugar en el escritorio de su padre, en la calle de Ahumada, cuando

él era muy niño, entre don Diego Portales y don Mariano Egaña. Parece que éste no podía explicarse el por qué siendo tan creyente y observante de la religión católica tenía siempre al clero en su contra y Portales *que no cree ni en Dios ni en el Diablo* es tan querido y respetado por la clerecía. A lo que Portales habría respondido: «Ud., compadre, cree en Dios pero no cree en los clérigos y con sus ideas patronatistas los molesta a diario; y yo no creo ni en Dios ni en el Diablo, como Ud. dice, pero creo en los clérigos, no los molesto porque son buena gente que ayudan a mantener el orden. En eso está la diferencia y eso lo explica todo.»

Barros Arana reunía en sí esas dos negaciones: la de Portales y la de Egaña y ambas agravadas. Portales era incrédulo a la manera de un Byron, y de todos los libertinos de su época, por fanfarronería, por escandalizar a las gentes devotas, por dar que hablar, sin perjuicio de volver al seno de la Iglesia cuando los años no le permitiesen ya ser libertino y morir devotamente a la usanza de sus mayores. Barros Arana era, en cambio, un agnóstico frío, de una indiferencia tranquila y sólida que no necesitaba afianzarse con escándalos y sacrilegios, aun más, era franco enemigo de todo eso, y así fué hasta el último instante de su vida. Egaña era enemigo del clero únicamente a causa de sus ideas patronatistas, Barros Arana lo era, en cambio, apasionadamente a la manera de su querido Voltaire, y como éste le negaba implacablemente toda valía. Decía que si el clero había contribuído a la civilización de la América durante la Conquista y primeros años del Coloniaje, en cambio sólo se había ocupado después de impedir el desarrollo de la libertad y del progreso intelectual, moral y material. Y esto lo decía con tal pasión que al oírlo dejaba la impresión que la Iglesia, ahora como en los tiempos de Galileo, pretendía insensatamente detener el movimiento de mundo. Además Barros Arana tenía, en sociedad, el hábito — que conservó hasta el último día de su vida — de hacer la crítica histórica de algunas creencias. Así por ejemplo, siempre se reía del dicho bíblico según el cual Josué habría detenido al sol en su carrera para afianzar su victoria; negaba la degollación de los inocentes — que ningún magistrado romano habría tolerado — y que no

recuerda ni Suetonio ni ningún historiador clásico, etc., etc. Y no hay que olvidar que la crítica histórica es uno de los pecados que menos puede perdonar la teología. No puede extrañarnos, pues, en vista de esto que las gentes devotas le tomasen por un herético diabólico y que los timoratos le hayan tenido y le tengan por un ser peligroso, como un maestro corruptor de la juventud. Así ha pasado siempre y en todas partes. Por menos que eso el Areópago de Atenas condenó a Sócrates a beber la cicuta.

CONCLUSION

SE dice generalmente que Barros Arana salió del Instituto Nacional por la obra exclusiva del Partido Conservador y muy especialmente del Ministro de Instrucción Pública don Abdón Cifuentes; no participamos, sin embargo, totalmente de esa opinión general. Estas fueron, a nuestro juicio, solamente las causas inmediatas de su salida, pero sin la política firme y sostenida del Ministro y aun sin la presencia del Partido Conservador en el gobierno, Barros Arana habría tenido que abandonar más tarde la dirección del Instituto Nacional. Muy raras veces un hombre por sí solo o un partido político puede prodir el bien o desencadenar el mal; es generalmente el estado de las cosas el que prepara lentamente los grandes cambios y crea la atmósfera propicia para provocar el uno o el otro.

Desde que Barros Arana abrazó con entusiasmo la filosofía positiva, desde que creyó que la primera de sus obligaciones era propender al desarrollo de la cultura científica del país, que ese era su primer deber cívico porque solamente triunfan los pueblos cultos; desde que fué para él una verdad inconcusa que solamente se alcanzan el progreso y la felicidad con el cultivo desinteresado de las ciencias que siempre va aparejado del racionalismo y de la libertad de pensamiento, se puso en pugna con el espíritu de la sociedad en que vivía y levantó en su contra una falange de adversarios poderosos y profundamente convencidos de la necesidad imperiosa en que se hallaban de defender el estado de cosas existente. Sus arraigadas conviccio-

nes, de que no podía prescindir, son las que le crearon las dificultades con la sociedad y el espíritu de su tiempo, dificultades que el Partido Conservador y su sagaz Ministro no hicieron sino aprovechar en beneficio de sus ideales que, en aquellos años, no chocaban sino a unos cuantos hombres de avanzada, mientras que Barros Arana, con sus ideales de cultura positivista, de racionalismo y libre pensamiento, estaba en abierta pugna con los de la gran masa de sus conciudadanos.

El conflicto entre el Rector del Instituto Nacional y el Ministro de Instrucción Pública no fué una simple lucha entre un gran funcionario y su superior jerárquico; fué el conflicto que fatalmente se provoca el precursor con toda sociedad estabilizada e inerte al pretenderla reanimar.

Es por eso que Barros Arana, en esos críticos momentos de su vida, nos parece como un nuevo Laocoonte impidiendo que la Instrucción Pública acepte el nuevo Caballo de Troya de la libertad de enseñanza que zalamero el Ministro le ofrecía y defendiendo heroica y tenazmente a sus queridos hijos: el gran cultivo intelectual, el espíritu científico y la audacia y libertad de pensamiento que la sociedad alarmada quería contener y estrangular con todas las fuerzas del Gobierno.